

Prof. Pedro Godoy P.

NUESTRAMERICA

¿naciones o nación?



Centro de Estudios Chilenos CEDECH

Prof. Godoy
Teléfono (56-2) 556 8322
Móvil 6 680 5923
Centro de Estudios Chilenos CEDECH
profe@cedech.cl
www.premionacionaldeeducacion.blogspot.com
www.terceraline.cl

NUESTRAMERICA ¿naciones o nación?

© Pedro Godoy P.

Registro de Propiedad Intelectual N°: 221.346

Derechos reservados para todos los países.

Dibujo de portada: Joaquín Torres García, artista plástico y teórico del arte uruguayo. En 1941, funda la Escuela Pictórica del Sur. Diseña como emblema un mapa de Suramérica al revés.

El autor de esta obra lo usa para ornamentar la portada del presente libro porque –comenta– el sur es nuestro norte.

Se terminó de imprimir esta edición
en el mes de octubre del 2012

Impreso por B&J Impresores
Nataiel Cox 1295 - Santiago
F.: 5514229

Edición a cargo de Editorial Tienponuevo

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro
en Chile o en el exterior.

Ninguna parte podrá ser transmitida o almacenada por ningún
medio mecánico, químico, óptico, electrónico o fotocopiado,
sin autorización previa del autor.

Impreso en Chile / Printed in Chile.

INDICE

Prefacio.....	9
¿Qué es lo nacional?.....	11
Nación e identidad.....	13
El tamaño de la nación.....	23
Nación o Región.....	25
Mestizo.....	27
Balkanización: comentarios.....	30
Controversia en Buenos Aires.....	32
En torno al ser nacional.....	34
El nacionalismo de «izquierda» en Chile.....	70
Indios o nacionales.....	97
Mosaico y crisol.....	99
Panamá.....	101
Apuntes sobre historiografía revisionista.....	102

A
la
memoria
de
los ilustres maestros
Jorge Abelardo Ramos,
Roberto Munizaga Aguirre
y
Luis Rafael Hernández Samaniego
con
gratitud.



**«Cada cual mueve el patriotismo a su modo.
El mío comienza con el grito de dolor ;La patria no existe!
Precisamente por ello hay que ser patriota para convertir
la patria en algo tangible. Hay que edificarla como cabaña
sobre el desierto. Si la mía existiera podría desentenderme
de ella, pero no la hay. Ese es el motivo que empuja
a acentuar mi patriotismo para, al menos como anhelo,
aspiración, tensión de alma, exista».**

José Ortega y Gasset

***«Los hermanos sean unidos.
porque esa es la ley primera.
Tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean.
los devoran los de ajuera».***

José Hernández: "Martín Fierro"

PREFACIO



***E**sta obra invita a meditar en torno a lo nacional. Es algo quimérico en un país que esquiva por pereza o miedo a reflexionar sobre sus orígenes, fibras constitutivas, vicios, virtudes y destino. Sin embargo, constituye un compromiso moral presentar este menú invitando a superar la abulia y a elevar el nivel del diálogo ciudadano. El autor –acorde con la escuela de Joaquín Edwards Bello– entrega hoy algunos obuses y misiles para contribuir a derrumbar la muralla china de prejuicios ya bicentenarios. Es la guerra un tanto utópica contra Mitópolis.*

Este afán nuestro por empujar a pensar la nación –lo cual supone sentirla y anhelarla– implica decerrajar herméticos templos abarrotados de tabúes y de señalar nuevos senderos lo cual impone triturar la rutina. Nada más cómodo que dormir siesta ajeno al tábano. Así como busca el poder el político, el dinero el negociante o el aplauso farandulero, al académico interesa el saber. Opera cual aguafiesta ante el conformismo que –en contubernio con el afán de consumo– opacan el sol de la controversia con altura de miras.

La cicuta para los contestatarios que son juzgados peligrosos, la preparan en la oscuridad quienes evaden el diálogo. Temen a los «conflictivos». Ellos –en cambio– acatan lo vigente como eterno, Recomiendan acomodarse a concepciones ya envejecidas, pero ya instituidas y esquivan con cabeza propia. Por eso la

resistencia de tirios y troyanos a aceptar enfoques heterodoxos ajenos a esa estereotipada clasificación de «izquierda» y «derecha». Ambas trincheras ahora se funden en eso denominado «globalización», que con la bandera del «progresismo», representa a los imperios.

Invitamos a discutir —sin exoneraciones, silencios, sarcasmos— sobre un viejo y nuevo tema ¿qué es la nación en nuestra América? Esta materia es una utopía para los adherentes a un «nacionalismo» de parroquia. También incomoda a los «internacionalistas» ayer con metralleta y hoy asociados a los propietarios del poder, el dinero y el prestigio. Creemos que el tema supone reinterpretar nuestra historia, con ello nuestro presente e intentar vislumbrar el futuro. La meta: vencer el rezago y la dependencia que son taras culturales y no sólo frenos políticos y económicos.

No es posible cerrar esta nota introductoria sin aludir a quienes en el país y el exterior —en condiciones no fáciles— promueven la doctrina actualizada por Felipe Herrera y Jorge Abelardo Ramos en orden a concebir como una nación desintegrada esta América que denominan Patria Grande acorde con el enfoque de Manuel B. Ugarte. No es fácil operar de banderillero y escapar indemne del rabioso toro de la incuria y la envidia. Cierro esta presentación ajeno a rencores, pero también sin olvidar que los demócratas fariseos que se niegan a reincorporarme a Casa de Bello de la cual soy excluido por testaferreros civiles del general Pinochet.

Pedro Godoy P.

¿QUE ES LO NACIONAL?



Etimológicamente deriva de «nacimiento». Lo que «nace» en un lugar es «*nacional*», es decir, «criollo». El problema deriva en establecer si el «lugar» es *social* o territorial. De allí, respectivamente, derivan dos conceptos distintos, aunque suelen complementarse: el *ius sanguis* y el *ius solis*. Torpeza frecuente es transformar en sinónimos nación con patria, Estado y país.

Nación se refiere a colectividad integrante de un grupo con rasgos propios. Es motivo de análisis para la sociología. Patria es la motivación de pertenencia que anima a la población. Se ubica en la esfera psicológica, País –piensen en su derivación «paisaje»– es el territorio. Se trata de un concepto geográfico. Estado es una institución política. La estudia el derecho.

En Liceos y Universidades se aprende –y de memoria– eso que «*el Estado es la nación jurídicamente organizada*». Nada más falso, pues hay naciones privadas de Estado y Estados que aglutinan más de una nación o un segmento de ella. La URSS y Yugoslavia fueron multinacionales. Checoslovaquia es binacional que se divide en dos repúblicas. Lo grotesco es Bolivia hoy Estado plurinacional.

Hay quienes afirman que Iberoamérica es una nacionalidad fundada en 1492 y atomizada en veintitantas repúblicas. La Independencia –efecto imprevisto– la desmembra. Este enfoque posee por emblema a Bolívar. En Chile, la representa, en el XIX, principalmente O'Higgins Riquelme y José Antonio Vidaurre y en el XX por Joaquín Edwards Bello y Felipe Herrera. Lo nacional, acorde con esa escuela, sería lo iberoamericano.



Bernardo O'Higgins



José Antonio Vidaurre



J. Edwards Bello



Felipe Herrera L.

NACION E IDENTIDAD



No es fácil definir la identidad. Lo cierto es que no se nace con ella, sino se asume a través de un proceso de socialización. La identidad individual comienza por asimilar el nombre. La familiar supone incorporar apellidos y conocer y reconocer a los progenitores. La identidad parental induce a aceptar como «*nosotros*» a los «*otros*» que son consanguíneos o afines, pero ajenos a la inmediatez de lo hogareño. La sexual -de raíz genética- la acentúa el entorno que suprime ambigüedades en función de modelos. Aunque tales identidades sean de naturaleza distinta suelen complementarse. No obstante, si son de la misma estirpe se repelen o colisionan. Más allá de estos matices, lo que interesa ahora es la identidad nacional. Hay modalidades de ignorarla y también estrategias de negarla, minimizarla u olvidarla. Se propone un debate sobre la materia recurriendo a manifestaciones de allá y de aquí, del ahora y del ayer reciente o remoto. Pareciera urgente encenderlo para captar –en su exacta dimensión– la crisis de identidad que afecta lo que denominamos ugartianamente¹ Patria Grande.

1. Se alude a Manuel B. Ugarte quien, a comienzo del XX, rescata la tesis de Iberoamérica como nacionalidad desmembrada que, para sacudirse de la dependencia y del subdesarrollo, debe reintegrarse.

Florecer y ocaso de identidades

Fuimos testigos de cómo nace, se impone y luego muere la identidad soviética. Varios decenios son insuficientes para internalizar en el alma de millones de habitantes del gigantesco Estado –que fundara Lenin sobre los escombros del Imperio de los Zares– aquella identidad cuya sustancia no es territorial ni étnica, sino política. Apenas sopla el huracán de la perestroika y del glasnost y nace la Mancomunidad de Estados Independientes MEI comienza el explosivo renacer de otras identidades de tipo nacional. Incluso el núcleo de aquella macropotencia vuelve a denominarse Rusia y como tal es conocida hoy. Sus habitantes retornan a la arcaica toponimia, al himno tradicional y a la vieja bandera así como al gentilicio raigal y a la reinterpretación de la historia en la cual se exalta a los Romanoff y a los héroes zaristas. Ni que referirse a los «países bálticos» o a las nacionalidades del Asia céntrica donde, como paradigma, con el dedo en el gatillo Chechenia anhela el rescate de su identidad.

Yugoslavia –fundada como consecuencia de la I Guerra Mundial– es el caso típico de otro naufragio identitario. Las diversas repúblicas de esa confederación repudian la condición de «yugoslavos» que significa sureslavos. La OTAN apoya la escisión que encabeza Croacia. Los croatas no quieren ser yugoslavos y tampoco los macedonios, los bosnios,

los eslovenos, los kosovares... La Servia de Pasic y de Tito no procura privarlos de tal condición, sino sobreponer a ella otra de mayor envergadura. Sin embargo, de la repulsa pasan al quiebre. Se reedita así, en el siglo XXI, lo que la politología rioplatense denomina «balcanización». Son los particularismos centrifugadores, aquellos analizados con precisión por Ortega y Gasset en «España invertebrada», los que se imponen. Se había marchitado la megaidentidad que, por un siglo, intentara imponer Belgrado.

¿Qué somos los hispanoamericanos?

Por 300 años somos españoles. Hubo españoles metropolitanos que podemos adjetivar como «peninsulares» o «europeos» y españoles americanos conocidos también como «ultramarinos» o «indianos». En una esfera valorativa podemos manifestar que hubo españoles de «primera», «segunda», «tercera» un poco en función del pigmento y un mucho en relación con la ubicación en la pirámide social. No obstante, la españolidad se asociaba a la condición de «súbdito». Sin embargo, la ocupación de la Península por Bonaparte y la acefalía del Imperio precipita la ruptura con Madrid. Entonces viene el rechazo a la identidad de origen y los patriciados de cada virreinato, capitanía, presidencia o cantón –nietos, bisnietos o tataranietos

de la estirpe de los conquistadores, encomenderos o integrantes de la bisoña «aristocracia castellano-vasca» y, por ende, «blancócratas»– «gente decente» se dirá en Buenos Aires, dan rienda suelta a la leyenda negra lascasiana². Ello para legitimar el divorcio con el padre patria³. Entonces se proclaman retoños de Montezuma, Manco Capac, Lautaro. Se enaltece el pasado indígena y desprecia la tricentenaria trayectoria hispánica.

Este indigenismo se estampa en textos escolares, aparecen en los himnos patrios, en banderas y escudos de Estados que intentan forjar, cada uno, su identidad en el yunque de la indolatría y del desprecio por lo ibérico. Esto inculca un potente complejo de inferioridad a Nuestramérica. Se trata del síndrome de la autodenigración. La Independencia se afirma entonces en un indigenismo que –a todas luces– es pura retórica porque las elites son españolas. Esclarezcamos, españoles que reniegan de su raíz originaria, es decir, abominan de su identidad primaria. A fin de acentuar aun más el quiebre se crean gentilicios nuevos que borran el antiguo. Así –por decreto– se establece que los habitantes del país son «chilenos». Al otro lado de la Cordillera de lo

2. Referencia al P. Bartolomé de las Casas, sacerdote que, en el XVI, inicia campaña de defensa del pueblo indígena
3. Enrique Zorrilla promueve referirse a España no como «Madre Patria», sino «Padre Patria».

bonaerense se pasa a lo ríoplatense hasta que el Virreinato del Río de la Plata se convierte en Argentina. Entonces los oriundos son argentinos. Es una identidad que se sobrepone a aquellas de tipo provincial. Lo mexicano no logra englobar al Virreinato de Nueva España y por el sur se desgrana en minirrepúblicas. Por el norte deberá soportar –apenas a tres decenios después– una guerra con EEUU que implica perder la mitad de su territorio⁴.

Esa confusión suicida

Aquella identidad de españoles americanos se suplanta por esa de «americanos», a secas. Ello hasta hoy es una trampa porque nos encasilla con estadounidenses y canadieneses sin el indispensable distingo. Tal maniobra permite que aparezcan, en pie de igualdad, Simón Bolívar y Jorge Washington y dar luz verde al panamericanismo o al interamericanismo. Esa maniobra se observa desde la emancipación misma. Los libertadores –salvo excepciones– comienzan a aludir a «americanos» sin la necesaria adjetivización. A veces, a título de excepción, se anota sudamericanos. El nulo rigor perdura hasta hoy y es frecuente que quienes promovemos la integración seamos etiquetados como «americanistas». Reaccionan, afrancesadamente, al promediar el XIX

4. Ver de Godoy, P.: «Bicentenario e identidad», pp. 173 y 174.

el chileno Francisco Bilbao y el colombiano José María Torres Caicedo. Ambos aluden a América latina. Tras esa postulación está Napoleón III y su asesor Miguel Chevalier quienes exaltan la latinidad ante la hegemonía de Gran Bretaña y el ascenso de Alemania. La francolatría de aquellos suramericanos se marchita pronto ante la aventura colonialista gala en el México de Juárez.

Fuera de aisladas posturas que anhelan rescatar el afán vital de los libertadores que pugnan por conservar la unidad latinoamericana, lo predominante es la manía del aislamiento. La fomenta cada oligarquía lugareña con cobertura del imperialismo de turno. Se olvida o rechaza aquella identidad envolvente y aglutinante y se impone una propia de cada república. Se acentúa la balcanización al asignar a cada segmento el rango de nación y al comarcalismo se le sinonimiza como «nacionalismo». En la Colombia santanderina escindida de la Gran Colombia de Bolívar, surge –en el siglo XX– otro brote separatista que genera a Panamá. Allí la «panameñización» supone descolombianizar esa república nacida bajo protección de la US Navy. Con apoyo de Washington se expande el sistema escolar y si bien no se impone el idioma inglés como en Filipinas o Puerto Rico, se enseña Historia del bisoño Estado acentuándose las diferencias con el país del cual se secesiona. A ello se une pabellón, escudo, himno patrio, poemas,

campañas de prensa y signo monetario. Lo más importante, hitos fronterizos, aduanas y FFAA. Estas son educadas en la noción que tras la frontera está el enemigo ante el cual sólo vale la «paz armada».

Otras situaciones iluminadoras

Ahora mismo Taipé –a través de su estructura escolar– busca generar la identidad taiwanesa antagónica a la china. Beijing, de inmediato, protesta. Advierte que aquello es la rampa de despegue de la escisión. Se sabe que plasmar un pseudonacionalismo no es difícil. Se trata de una herramienta clave para legitimar el desmenuzamiento que hunde su raíz en lo cognitivo y lo emocional, es decir, cuaja en el ámbito psicocultural. Implica el cultivo de la adhesión al entorno inmediato y el desprecio por el tronco originario. Timor Oriental –una esquirola de Indonesia con apoyo de Occidente– se independiza de Djakarta en función de estimarse «*diferente*» a sus compatriotas. Su población –antaño cristianizados por Portugal– se juzga a sí misma «*distinta*» y hasta «*superior*» a los millones de connacionales adscritos al Islam. Histerias parecidas sacuden a Vasconia y Cataluña. Comienzan demandando autonomía cultural y finaliza con terrorismo tipo ETA. En la Edad Antigua hubo quienes, en Atenas, se sienten más áticos que griegos. Tal polis

se divide entre adversarios y adherentes al proyecto integrador de Filipo presentado por la publicidad como «*invasor bárbaro*» y por ende, no helénico. La Persia imperial alienta a quienes se afanan por conservar las polis como Estados urbanos. Muy interesante, en el ámbito de Atenas, es el contrapunto entre Demóstenes e Isócrates. Son respectivamente, uno centrífugo y el otro centrípeto.

Nuestramérica: ¿naciones o nación?

Los promotores del latinoamericanismo –también denominado con mayor propiedad iberoamericanismo– estamos en la brega por rescatar una identidad evaporada o pisoteada meganacional y no supranacional. Resulta clave entender que lo iberoamericano no es una identidad como la yugoslava, pues hunde su raíz en la común sangre y cultura. Eso no supone vulnerar las identidades particulares, pero si entender con Julián Marías⁵ y Jorge Abelardo Ramos⁶ que somos una nación desmembrada como lo estuvo la Italia pregaribaldina o la Alemania prebismarckiana. Imprescindible se considere este matiz. Asumirlo equivale en lo historiográfico un vuelco equivalente al tránsito del geocentrismo al heliocentrismo y ello con las

5. «*Sobre Hispanoamérica*»

6. «*Historia de la nación latinoamericana*»

consiguientes consecuencias políticas. En lo inmediato esta reintegración se estima palanca de liberación y desarrollo. En 200 años –desde aquel parto prematuro que es la Independencia y con el consiguiente fracaso de militares como Bolívar, O'Higgins, San Martín, Santa Cruz o Morazán y de intelectuales entre los cuales se cita a Alamán, Bilbao, Vicuña Mackenna o Ugarte– el operativo logra éxitos sólo parciales. Parciales como la UNASUR y el MERCOSUR. Podrán evaluarse como logros insuficientes. Sin embargo, ello no invalida la bandera que para no pocos es divisa que conduce a suprimir el vasallaje y la pobreza. Al menos así lo sostienen quienes hoy se proclaman bolivarianos. Poseen vigencia –vale la pena advertirlo– antes del comandante Chávez. Lo ocurrido es que el Presidente de Venezuela lo reflota ahora como Perón en la década del 50. Está por verse qué dirección le imprime. La que la prensa informa –al menos desde nuestra perspectiva– es inadecuada⁷.

La identidad nacional –según la escuela de Bolívar, que también es la de Gabriela Mistral⁸, Joaquín Edwards Bello⁹ o Felipe Herrera¹⁰– sería aura que proporciona a un conglomerado convencimiento de

7. Ver de Godoy, P.: «Socialismo del siglo XXI y otras páginas»

8. «El grito»

9. «Nacionalismo continental»

10. «Nacionalismo latinoamericano»

origen común, motivación de pertenencia a un terruño y a una colectividad no restringido por los hitos fronterizos y ánimo de conservar o reintentar el aglutinamiento. Los elementos estáticos de la identidad, acorde con Renán son la raza –por cierto no concebida sólo como factor somático–, la lengua y la fe. El factor dinámico es la voluntad colectiva. Es un principio espiritual que supone comunidad de éxitos y de sufrimientos. Siempre siguiendo al mismo autor manifestemos que la identidad es plebiscito cotidiano así como la existencia del individuo es afirmación de vida¹¹. Se somete a referéndum, según Ortega, un «*proyecto sugestivo de vida en común*»¹² En tal comicio –al menos hasta hoy– triunfan los atomizadores. No obstante, en ya comenzado el siglo XXI, es posible que el elán vital de Bolívar renazca. Entonces, como Teseo, superará el laberinto aniquilando al minotauro. La empresa no es fácil, pero si posible.



11. «¿Qué es una nación?»

12. «España invertebrada»

EL TAMAÑO DE LA NACION



País se define como territorio. Estado es una estructura políticoinstitucional. Patria, sentimiento de pertenencia a un terruño. Nación es conglomerado con comunidad etnocultural. Estamos ante cuatro conceptos, respectivamente, geográfico, jurídico, psicológico y sociológico. Se tolera su uso como sinónimos solo como licencia literaria, pero resulta penoso e invita al desconcierto fusionarlos. Esa mezcolanza «*sin pies ni cabeza*» nos precipita al lóbrego laberinto en que se encapsulan Santander, Páez, Flores, Castilla o Portales. Estos personeros –después de la Independencia– desmenuzan, es decir, «*balcanizan*» nuestra América.

Si se concuerda con el concepto de nación tal cual se define se puede concluir que las tres fronteras de Chile son interestatales y no internacionales. Así también se modifica la naturaleza de las confrontaciones armadas con Perú y Bolivia. Entonces sólo tendría legitimidad el nacionalismo iberoamericano, pues si bien hay 20 países, 20 Estados, 20 patrias, la nacionalidad es una. Ello obliga a reinterpretar los últimos 200 años de historia en que 20 repúblicas constituyen un archipiélago y no un continente y en cada una de las cuales se

enseña a la infancia a concebir a los vecinos como extranjeros y si son vecinos, enemigos.

Desaprender aquello de que «*el Estado es la nación jurídicamente organizada*» es tarea difícil. Tampoco es fácil internalizar el concepto sociológico de nación como núcleo dotado de común sangre y cultura dotado de macroidentidad. Ello es clave en la operación rescate de un «*posto sotto il sole*» para 20 colectividades –por ahora– afectadas de etnocentrismo respecto a la república próxima y de complejo de inferioridad frente a las megapotencias. La acción integradora debe examinar estos enfoques. Los académicos hipnotizados por lo foráneo o intoxicados de patriotería aún no asumen la tarea. Sería «*pedirle peras al olmo y uvas a la zarza*» que la emprenda la clase política.

BALCANIZADOR



Diego Portales

INTEGRADOR



Andrés Santa Cruz

NACION O REGION



España y Bolivia están amenazadas por la desintegración. Las «regiones» por efecto del particularismo disolvente, se proclaman «naciones». Están contaminadas de separatismo. En su seno hay quienes alegan que son estados polinacionales. Ya es vulnerada la unidad ibérica al cortar Portugal su ligamento con Madrid. Hoy, fuerzas centrífugas vuelven a operar. Consiguen que España esté al borde de ser una gavilla de «naciones». Las «regionalidades» exigen el rango de «nacionalidades» y el Estado centralizado, es decir, unitario pasa a ser federal. Si se descuidan las FFAA se convertirá en confederativo. En el país de Evo no es distinto. Allí los aborígenes azuzados por ONGs –escudados en eso del «*respeto a la diversidad*»– proclaman la existencia de naciones aborígenes, algunas de 1.850 integrantes. El oriente blancoide alude a la «*nación camba*». El jamón del «sandwich» es la muchedumbre mestiza que constituye la genuina bolivianidad. Es el nervio del país y la carne de cañón de tres guerras externas. Triunfa en 1952 con el MNR y ahora con el MAS.

Superando la perplejidad y apoyado en las FFAA uno y otro país deben prevenir el desmembramiento.

Si para hispanos y bolivianos la situación es angustiada, para los imperialismos se acercan buenos negocios. Todo aquello que es atomización los favorece. Si se duda, consulten a los yugoslavos. Menos lejos. Miren en el mapa a Centroamérica que -por dar la espalda a los generales Morazán y Barrios y desoir al doctor Mendieta- hoy es un mosaico de seis republiquetas. Cada una, a pie juntilla, se cree una nación. ¿En qué idioma habrá que manifestarles que son regiones? Así, también, es región Panamá que fue provincia desmembrada de Colombia. Chile no se sienta libre de peligro... Arauco -con apoyo externo- se proclama nación oprimida. En tal contexto, no logro explicarme el por qué la ETA dispone de simpatía en La Habana y Caracas en circunstancia que, hasta donde estamos informados, Fidel y Hugo son bolivarianos y por ende, proclives a aglutinar hoy a Iberoamérica como en el ayer remoto lo intentara Andrés Santa Cruz y en el reciente, Juan Perón.



EMBLEMAS FRAGMENTADORES IBERICOS

MESTIZO

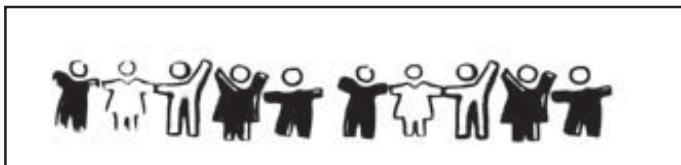


El tema apasiona. Es una de las piedras fundacionales de una nueva política. Nuestras izquierdas –por un siglo– son muy aficionadas a lo jurídico, a lo político, a lo económico y algo a lo sociológico. Lo atingente a la plasmación de la etnia iberoamericana, es decir, de 500 millones de individuos que al decir de Bolívar «*no son europeos ni indios, sino un pequeño género humano mixto*» no interesó mayormente. Eran entonces y ahora el 90% de la población. En la fase de la Independencia –los «*avanzados*»– se preocuparon hipócritamente por las minorías indígenas. Después propician aniquilarlas juzgándolas un lastre. En el XX –durante los años 30– vuelven con la indolatría y acorde a la política de las nacionalidades vigente en la Rusia de entonces, aluden, por ejemplo, a la «*república quechua*» o a la «*república aimará*». Ahora los «*nietos*», «*bisnietos*» o «*taranietos*» de estos y aquellos «*avanzados*» del ayer remoto e intermedio retornan con el indigenismo. Esta vez con financiamiento europeo y norteamericano. Los inquietan las «*minorías*», sobre todo si son «*raciales*» o «*sexuales*» y también «*ambientalistas*».

La «*mayoría étnica*», esos millones de hijos de este «*mundo ancho y ajeno*», se ignora. No está «*en onda*». La moda son indígenas y «*maricas*» e impedir el desarrollo pretextando la defensa del paisaje... Por lo anotado es muy oportuno el texto publicado en «El País» que Andrés Soliz Rada, con agudeza, redistribuye. Ahora lo reproduce la prensa. En Chile hasta la palabra está en desuso. La emplean sólo los operarios de la construcción para aludir una vivienda con base de ladrillo y el resto madera. Sin embargo, el hijo de inmigrante jamás será definido como mestizo. Sería denigrante. Tampoco al estilo estadounidense, por ejemplo, grecochileno, ítalo-chileno... Aquí el descastamiento es tan hondo que se recurre a dos estrategias: si el apellido inicial es el forastero se dirá «*descendiente de...*», *verbi gracia*, alemán o francés. Si el apellido materno es criollo se esconde bajo «*7 llaves*». Aquí el eurocentrismo da cartel de título nobiliario a un apellido exótico. El de raíz nacional «*no viste*». La gente muy pobre -aquella que vive, convive y sobrevive en los barrios marginales- imposibilitados de disponer de apellidos europeos acude ante el Registro Civil con nombres «*gringos*» para sus retoños. Así es oceánica la muchedumbre de Johnatan y Karen. Es un esfuerzo por «*engringarse*» a cualquier precio.

La expresión mestizo es pletórica de contenido. Su significado define a «*la mayoría étnica*» –cabecitas negras, guachafos, cholos, flaites, pelaos...– son

aquel «género humano mixto». Reitérese: «mixto» es mixturado y no sólo designa un plantel escolar en el cual estudian damas y varones. El pueblo iberoamericano –de Tierra del Fuego a Río Grande– es mestizo. Habrá grupos en que genéticamente predomina lo lusohispano y en otros lo aborígen y también, está lo africano. Eso se manifestará en el pigmento con las valoraciones socioculturales que implica. Sin embargo, como lo sostiene Rubén Blades «somos hijos de la mezcla», tema cuyo ideólogo fuera –a horcajadas del México insurgente de los 20– José Vasconcelos con la obra «Raza cósmica». Nuestros mediocres docentes aluden al mestizaje, pero a título episódico al disertar sobre la mal llamada Colonia. De allí en adelante el vocablo, con toda su carga axiológica y política, cae en desuso. El tema difundido por Soliz no se agota con lo expuesto. Juzgo que nuestra ofensiva debe endilgarse a la Leyenda Negra que denigra a España y Portugal. Es la Península la que, por la naturaleza misma del proceso iberizador, fomenta el mestizaje¹³.



13. Ver de Godoy, Pedro: «Bicentenario e identidad», págs. 191 a 197.

BALCANIZACION: COMENTARIOS



Esta es una expresión frecuente en textos rioplatenses. Equivale a fragmentación. Se aplica al desmembramiento de nuestra América acaecida con la Independencia. Se cita, obvio, a Bolívar, San Martín, Santa Cruz o Morazán como quienes intentan, sin éxito, impedirlo. Balcanizadores, por ejemplo, son Santander, Portales, Flores o Ballivián.

El nombre del fenómeno alude a los Balcanes donde el separatismo ha sido morbo endémico. Sin embargo, se debe anotar que la monarquía servía integra Yugoslavia ya en 1918. Tal complementariedad la conserva y perfecciona el mariscal Tito. Según informa Milovan Djilas¹⁴ ese líder propicia más que un Estado compacto, la federación balcánica.

Tal proyecto incluye a Albania. Grecia queda excluida porque, en ese país, la guerrilla comunizante es desbaratada. El Kremlin es adverso al propósito titoísta. En el PC albanés Stalin moviliza a antifederativos. La historia reciente verifica que el deceso de Tito implica –con auxilio externo– el resurgir de los particularismos disolventes.

14. «*Conversaciones con Stalin*».

La unidad lograda con la monarquía y Tito se hunde. Quienes suceden al héroe partisano, al fomentar la hegemonía servía, estropean el saludable equilibrio entre las nacionalidades. Los imperialismos aprovechan la oportunidad y atomizan a Yugoslavia. Con ello, la «*balcanización*» readquiere el significado tradicional.



CONTROVERSIA EN BUENOS AIRES



En reciente evento en torno a Malvinas (27 y 28.03.12) –patrocinado por la Cámara de Diputados de la República Argentina– discuto *off the record* con delegado venezolano que se proclama «*muy chavista*» (sic). Le hago presente la urgencia de liberar las Antillas holandesas. Me manifiesta que son de soberanía de Holanda. Retruco que, con ese criterio, los archipiélagos australes debieran continuar en las fauces del Reino Unido.

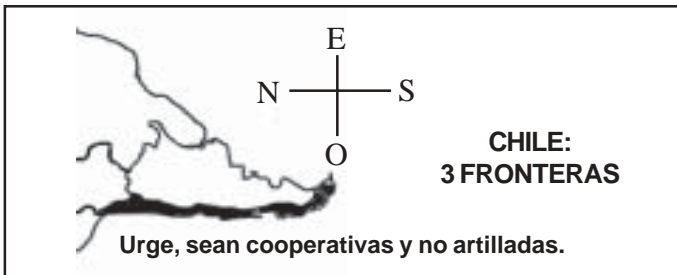
En el enfoque de este colega, Malvinas, Georgias y Sandwich no se equiparan con Aruba, Bonaire y Curazao. Ello porque antes de la Independencia ya estaban establecidos los tres enclaves hoy de explotación petrolera y turística. Dicho de otro modo, según se deduce, Venezuela es Venezuela sólo desde la emancipación. y por eso quizás tolera a los británicos en Trinidad y Tobago por 150 años.

Chocamos también en lo atingente a la República Saharaui. Opino, «*es una minoría marroquí que, digitada desde el exterior, intenta desmembrar*». Replica, «*los sahuiries no son marroquies. Poseen su propia identidad*» Añade: «*acatar a Mohamed VII, para ellos sería tan*

inaceptable como si, en Chile, el Presidente fuese argentino». Respondo: «Se equivoca: O´Higgins ofrece la jefatura del Estado a San Martín».

Comento que matices no autorizan constituir una nación y que la arábica dispone de sólido fundamento racial y cultural. Reafirmo, «*de Irak a Mauritania son árabes y los sahuries, una esquirla de ese conglomerado*». Añado «*en lo inmediato, son marroquíes, en lo comarcal, magrebies y nacionalmente árabes*». Me argumenta «*República Saharaui es de izquierda y combate al Sultán por ser un déspota*».

Agrego: «*ser de izquierda no legitima fragmentar una nacionalidad y menos acentuar su atomización*». El negocio de los imperios –arguyo– es dividir. De nada sirve mi enfoque. Opto por el silencio. Así se clausura el debate. Bolivarianamente, reflexiono: la clave es concebir Iberoamérica como una nación desarticulada o quedarnos con la errónea teoría, según la cual los 23 Estados son 23 naciones.



EN TORNO AL SER NACIONAL*



¿Qué somos?

Hay identidades trituradas, falsificadas y otras negadas. Una, la iberoamericana. El asunto preocupa tempranamente a nuestra «*inteligentzia*». Hace ya algo más de siglo y medio el generalísimo Bolívar –un militar que también es estadista e intelectual– en la sesión inauguratoria del Congreso de Angostura plantea el problema «¿Qué somos?», preguntábase... La respuesta dada es «*no somos europeos. Tampoco indígenas. Constituimos un pequeño género humano mixto. Somos sudamericanos*»¹⁵. No usa la expresión «mestizo» quizás porque ya está –como todavía hoy– dotada de connotación peyorativa. Sin embargo, en la interrogante palpita la inquietud que hoy nos congrega.

Algunas décadas más tarde –en el escenario oscilante entre la anarquía y el despotismo del Río de la Plata– Domingo Faustino Sarmiento nuevamente insiste en el tema. Manifiesta: «¿Qué somos? ¿Somos indígenas? *Sonrisas de desdén de nuestras*

* Clase magistral dictada en Aula Magna de la Universidad Tecnológica Metropolitana, (11.05.1991).

15. Blanco Fombona, R.: «Pensamiento vivo de Bolívar», pág.180. Edit. Losada, Buenos Aires, 1998.

blondas damas nos den acaso la única respuesta ¿Mixtos? Nadie quiere serlo. Hay millares que ni siquiera se consideran sudamericanos o argentinos. ¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientto? ¿Argentinos? ¿Hasta dónde y desde cuándo? Bueno es darse cuenta de ello»¹⁶. En esta sagaz reflexión aparece la duda. Pasada la euforia de la Independencia, brota la hidra de la crisis de identidad. Ya se advierte un «no aceptarse» tal cual se es. Aún más, quizás con el derrumbe del proyecto confederativo de Bolívar naufraga aquella convicción de constituir «un pequeño género humano mixto» que se proclama «sudamericano».

En la línea de combate de quienes superan la duda y vuelven por los fueros afirmativistas –al finalizar el siglo– está José Martí quien, con la energía del profeta, anota: «*Uno es el pueblo, uno en lo troncal –pese a las diferencias de follaje– el que habita de México a la Patagonia»¹⁷. Joaquín Edwards Bello alude al nacionalismo continental¹⁸. También –por el impacto que les produce el «descubrimiento» que, desde acá, hacen de*

16. «*Conflicto y armonías de las razas en América*», pág. 66

17. Martí, José: «*Nuestra América*», pág.28

18. Además del texto «*Nacionalismo continental*» consúltese «*Tacna y Arica. Cap. Polonio*» y «*Mitópolis*». La producción de este autor es un alegato antichauvinista e iberoamericanizante.

España y de la revolución que conmueve a México— Gabriela Mistral y Pablo Neruda se proclamaron representantes de la iberoamericanidad y no vates de un solo país. Aquella pequeña joya de alta política y de aguda antropología que es «*El grito*» escrito por la poetisa y «*Alturas de Machu Picchu*» del autor de «*Canto General*», verdadero himno a Suramérica —conocido por la magnífica musicalización de «Los Jaivas»— son expresiones de esta percepción ancha y honda de la nacionalidad. Aún más —personajes de nuestro tiempo— Felipe Herrera¹⁹ y Jorge Abelardo Ramos²⁰ no tendrán inconvenientes en aludir al nacionalismo iberoamericano y a la nación iberoamericana.

Quilombo conceptual

Esto nos produce un problema. Debemos revisar nuestros conceptos. En la escuela y el colegio, en la prensa y la televisión, en el cuartel y la sobremesa, aparecen como sinónimos los vocablos: país, patria, Estado y nación. Se está ante una adulteración conceptual. Cada término posee naturaleza propia. No son sinónimos. País

19. *Consúltese «Nacionalismo Latinoamericano» (Edit. Universitaria, Santiago, 1969) y «Nacionalismo, regionalismo, internacionalismo» (Buenos Aires, 1970).*

20. *Véase «Historia de la nación latinoamericana» (Edit. Peña y Lillo SA, Buenos Aires, 2007). Solicítela a profe@cedech.cl*

es un hecho territorial. Estamos ante un concepto geográfico. Patria es una noción sentimental. Estamos frente a un concepto psicológico. Estado es una institución política. Estamos ante un concepto jurídico. Nación es un agrupamiento humano. Estamos frente a un concepto sociológico.

¿Qué es una nación?... Un grupo humano que posee en común la sangre y la cultura. Sangre, en términos corrientes, es raza. Cultura en lo vertebral es lengua y religión. Entonces, Perú, Honduras, El Salvador, Ecuador o Uruguay no son naciones, sino fragmentos de una nación. Chile no es una nación. Es –no cabe duda– un Estado y una patria. Al mismo tiempo, es una gavilla de países, pues ¡por Dios que es distinta la 1ª Región –por ejemplo– respecto a la 12ª! Además, «*no por último menos importante*», no es una nación, sino partícula de la nacionalidad iberoamericana igual que las otras repúblicas.

Recordemos, nación es un grupo humano que posee en común sangre y cultura. Etnia es raza y cultura. Esta en lo substantivo, lengua y religión. No constituye Iberoamérica un racimo de naciones, sino es una nación políticamente desmenuzada en veintitantos Estados. En esto la equipara con la Italia pregaribaldina o la Alemania prebismarckiana. Aún más, las fronteras que la escinden constituyen nuestros criollos muros de Berlín. La Guerra del Pacífico, en consecuencia, con esta óptica no es un conflicto internacional, sino apenas interestatal,

es decir, una cruenta guerra civil entre iberoamericanos. Tan civil –y, por ende, hiperamarga– como la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay y la Guerra del Chaco o la Guerra del Fútbol. Como habría sido «civil» aquella conflagración de 1978 entre Chile y Argentina de no mediar la diplomacia vaticana.

Equivocación al cubo

¿Cuál es la raza de Iberoamérica? ¿Cuándo y cómo se plasma? La nuestra es un fenómeno insólito. España –en la Historia Universal– es quizás, junto a Portugal, el único Imperio mestizo. Cuando se lea en los textos que el pueblo chileno es producto de «*la mezcla de españoles y de indios*» es error al cuadrado. Más que eso: un error al cubo. Primero porque un empalme, una mixtura, es decir, un entronque entre hombres –los españoles y los indios– es infecundo. Es una relación homosexual y no procreadora. Lo único que puede generar es SIDA. La mezclanza que se produce es otra muy distinta –y, según nuestro criterio, muy grata– es entre **los** españoles y **las** indias.

El segundo error no es atinente al sexo, sino al gentilicio. Aquí no hubo ni hay indios. Jamás estuvieron en el Nuevo Mundo los antecesores de Gandhi, del Pandit Nehru, de la Indira o de Rabindranath Tagore. Los indios son de la India. Tanto se repite en el coloquio y el texto el error que de pura rabia –a veces– «*se me sale el indio*».

El inveterado yerro deriva de la creencia de Cristóbal Colón, según la cual, en sus travesías había arribado a las Indias, es decir, a lo que –para los europeos– es, entonces, el Extremo Oriente.

Genesis criollo

Los peninsulares, es decir, los descubridores y luego los conquistadores y más tarde los colonizadores son aventureros jóvenes, solteros y sin prejuicios raciales. Algunos, los menos, como Pedro de Valdivia, por ejemplo, han dejado atrás –en alguna anónima aldea peninsular– a la esposa. No cruzan el Atlántico acompañados de familia. La empresa exploratoria al Nuevo Mundo es riesgosa. La afrontan puñados de hombres solitarios y como se sabe ¡débil es la carne!... Desde el primer momento estos antepasados nuestros se entregan a la prolija e «industrial» fabricación de mestizos. Enrique Zorrilla, en función de esta espectacular empresa genitiva, señala a España como el Padre Patria y no como la Madre Patria. Una distinción, sin duda, tan científica como simbólica que contribuye a explicar la fuente de nuestra identidad²¹. El insólito fenómeno motiva a Oscar Unzaga de la Vega a cantar en inspirado verso:

21. Véase «Gestación de Latinoamérica» (Edit. Universitaria, Santiago, 1984).

«Somos ayer
porque el caudillo indígena
y el capitán hispano,
mezclados en ceniza y en pasado,
se asoman a mirar por nuestros ojos
como la raíz se asoma por el tallo»²².

¿Qué son los mestizos? Pues los iberoindígenas. Aquí mismo Santiago se funda el 12 de febrero de 1541. Al cabo de 9 meses nacen los primeros mestizos ¿Quiénes son estos «convidados de piedra»? Pues ni más ni menos que los primeros chilenos o, si quieren, los primeros santiaguinos. Son fruto de la mezcla de la sangre de **las** que están con la sangre de **los** que llegan. Del amasijo de ambas etnias –sin planificación familiar, sin paternidad responsable y sin anticonceptivos–, como un torrente, brotan los neoextremeños genuinos –los aquí nacidos y criados-. Neoextremeños porque «*la fértil provincia y señalada/ en la región antártica famosa*» se bautiza primero Nueva Extremadura, antes que sean los mismos conquistadores quienes la rebauticen con ese vocablo indígena de confuso significado que es «Chile». Estos santiaguinos iniciales son hispanopicunches porque el pueblo picunche es el que posee por hábitat la Región Metropolitana. Han sido leales vasallos del Imperio de los Incas. Ahora serán díscolos súbditos

22. *Juegos Florales (La Paz, 1950)*.

del Imperio de Carlos V y de Felipe II. En una ocasión se insurreccionan, asaltan e incendian la capital de la Capitanía General, porque Michimalonco juzga «*exagerados los tributos y los huincas nos despojan de nuestras mujeres*». Hubo, pues, lío de faldas. «*cherchez la femme*» diría un francés. Los conquistadores requieren –¡qué raro!– mujeres... y para todo servicio.

Cosa distinta

Así ocurre en todas las comarcas donde se establece el dominio de la Corona. No es lo mismo en la América sajona. Los colonos británicos cruzan el océano acompañados de sus familias. Sus prejuicios raciales, el tipo de economía, el modo de organización del trabajo, la ausencia de fervor catequístico son los factores explicativos del abismo que los aparta de los nativos. Entre los Apalaches y el Atlántico no hay mestizaje. La situación se repite en un escenario mayor –después de la Independencia– entre los Apalaches y el Pacífico. Los aborígenes son ultimados. El Far West es un genocidio enarbolando el lema «*el único indio bueno es el indio muerto*»²³. Los africanos –apenas hasta ayer– soportan la discriminación y el segregacionismo. Fenómenos equivalentes se producen en las colonias de Holanda, Francia, Italia,

23. Véase film «*Danza con lobos*» (1990).

Alemania, Bélgica o Inglaterra, en África, Oceanía y Asia. No hubo «convivió». Menos «*connubio*». No se practica como acá la poligamia o –para ser más preciso– la poliginia. Esa diferencia permite a Julián Marías referirse, en términos botánicos, a EEUU como «*trasplante*» y a Iberoamérica como «*injerto*»²⁴.

En México Hernán Cortés hace pareja con la tlaxcalteca Malinche y Diego de Almagro –en el Cono Sur– deja como legatario económico y político a su hijo mestizo Diego de Almagro, apodado «El Mozo». También se debe aludir al Inca Garcilaso de la Vega Chimpuclo, el primer intelectual propiamente iberoamericano. Este egregio híbrido escribirá la monumental obra «Comentarios Reales». Sin referirse a casos particulares lo concreto es que, donde se impuso el dominio de Madrid, el pueblo amerindio se escinde. Los varones transformábanse en peones y las mujeres en concubinas.

¡Qué tiempos aquéllos! ¡Tiempos dulces si hubiésemos sido dominadores! ¡Tiempos amargos, si dominados! Sea como fuere luego del choque, viene la fusión y de la fusión derivan los «*terceros en discordia*». Se trata de quienes no son «*pieles rojas*» y tampoco «*caras pálidas*». Aquellos que ya, en la inocencia de la infancia, corporal

24. «*Sobre Hispanoamérica*» (Edit. EMECE, Buenos Aires, 1975). Consúltese también Madariaga, Salvador de: «*Presente y porvenir de Hispanoamérica*» (Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1959).

y psíquicamente, acusan los rasgos de los progenitores. Estos, aunque disímiles, se hacen uno en el pueblo iberoamericano. Quedan en una ubicación intermedia entre la madre indígena y el padre español. Hoy constituyen no menos del 90% de toda la población. A él se refirió Bolívar identificándolo con «*el pequeño género humano mixto que no es europeo y tampoco indio, sino suramericano*».

Curanto cultural

Una cultura no cuaja por generación espontánea. No nace, como los hongos –de la noche a la mañana– después del aguacero. Todo lo contrario, es la pluricenteneria experiencia que un grupo humano acumula en función de las respuestas dadas a los retos impuestos por el medio físico y el destino histórico.

La hispanoamericana es una cultura *sui generis* brotada en función de ambos desafíos. La hueste peninsular la forja en brega con un paisaje –ora benigno, ora hostil–, pero siempre distinto al típico de la España originaria. El contacto bélico y convivencial con los conglomerados nativos impone el intercambio y, por ende, la mixogenización. Si tal mezcolanza ocurre en lo genético obvio que opera en el ámbito del complejo mundo de la cultura. También en esa esfera se pierde la pureza de lo ibérico y la pureza de lo nativo. Otra vez surge

el maridaje, pero esta vez en lo lingüístico y en lo religioso, así como en el plano de lo gastronómico, lo ético y lo estético, lo literario y lo vestimental, lo artístico y lo axiológico. En la colosal retorta que es el Continente entran en fusión no sólo las sangres, sino los circuitos valóricos y los estilos de comportamiento, los usos y las costumbres, las cosmovisiones y las teogonias de quienes llegan y de quienes están. Es cierto que el grupo dominador trata de imponer aquello que le es propio. Sin embargo, no es menos cierto que la multitud dominada inficiona a aquella cultura en elaboración. Hoy ésta no es la que florece en la Península. Tampoco, la continuidad de aquellas plasmadas por aztecas, mayas, chibchas o quechuas. Está –diríase metafóricamente– suspendida entre el Cuzco y Madrid, entre Tenochtitlán y Salamanca. No es la misma de nuestros antepasados indígenas y tampoco es la de nuestros antepasados ibéricos. Sin embargo, de unos y de otros es tributaria. Tal dualidad genera la condición original de la cultura nuestra. Ella hermana a Octavio Paz y Gabriela Mistral, a Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias, a Gabriel García Márquez y Leopoldo Zea, a Haya de la Torre y Mariano Baptista Gumucio, para citar apenas algunas figuras señeras de las letras y el pensamiento de Iberoamérica con Miguel de Cervantes y Alonso de Ercilla, Federico García Lorca y Manuel Machado, Joaquín Costa y Ramiro de Maeztu, José Ortega y Gasset y Gonzalo

Fernández de la Mora. Tal cultura es producto de una monarquía que concibió el Imperio como sistema de incorporaciones. Estas dieron un perfil propio a la identidad nuestra.

En el colosal escenario sudamericano donde cabe no menos de cien veces la diminuta Península Ibérica se origina una cultura nueva. Ciertamente posee una urdimbre común: lo hispánico. Mas ya no es lo hispánico de Europa, sino lo hispánico de América. Es cierto, existe la Hispanidad. Aún más, se puede aludir a la hispanización. No obstante, lo vigente es la Hispanoamericanidad y asumir auténtica identificación es aceptarnos y proclamarnos hispanoamericanos. Esta cultura que pese a sus diversidades, es una sola, permite el milagro que leamos, por ejemplo, en el cuerpo Artes y Letras del Diario «El Mercurio» –sin traductor– artículos del venezolano Arturo Uslar Pietri, del colombiano Germán Arciniegas, del peruano Mario Vargas Llosa, del paraguayo Augusto Roa Bastos o del boliviano Jorge Siles Salinas. Permite que, por ejemplo, quien hoy les expone, sin intérprete, pudiera desempeñarse, y a mucho honor, como Profesor Visitante en la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima y en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz. Reitero, es la cultura común, la que permite que –más allá de las fronteras de Chile– sean conocidos, admirados y declamados los «Veinte

poemas de amor y una canción desesperada», así como se canta a Violeta Parra. La cultura común permite juzgar personaje propio a Pedro Urdemales en circunstancia que aparece también en el folklore de México y España y que imaginemos –como muy criollos «*más chilenos que los porotos*»– refranes que aparecen en las venerables páginas del Quijote de la Mancha. La cultura común hace posible escuchar –en lo remoto de nuestra campiña– versos del «Martín Fierro», conmovirse con «Angélica» interpretada por Los Chalchaleros y vibrar con la milonga y el tango del «morocho de Abastos».

Lengua común

El idioma no es sólo instrumento de comunicación. Es algo más. Es una modalidad organizadora del pensamiento y el vehículo de expresión de la emocionalidad. No es sólo una trenza de articulados fonemas sujetos a la normativa gramatical. Mucho más que eso, implica una vivencia colectiva y es el archivo de la memoria social. Por el idioma el individuo se comunica con otro individuo, pero también es el idioma –aquel bien manejado y mejor pronunciado– el que da prestancia a la persona. La prestancia, es decir, la seguridad en sí mismo no la da sólo el vestuario en el cuerpo, el dinero en el bolsillo, sino también la palabra en boca. Aquella que, con soltura, se expresa, vende imagen de entereza y estatura ante quienes nos rodean y, sobre todo, ante el interlocutor.

Hubo un momento –después de la Independencia– en que los fragmentadores aspiran a crear un idioma por país en nuestra América. Sostienen: cada uno al convertirse en república se transforma en patria y, por ende, en nación. Alegan que, así como el latín después del desplome del Imperio Romano se desintegra originando las lenguas neorromances, así también, al derrumbarse en Maipú y en Ayacucho el Imperio, el castellano se atomizaría en idiomas supuestamente nacionales. Es Andrés Bello –el colega Bello, nuestro rector perpetuo– quien ataja a los pulverizadores pseudonacionalistas. Publica su magnífica Gramática. En ese texto sostiene que el vínculo idiomático debe conservarse como vehículo de comunicación e instrumento de intercambio de la Comunidad Hispánica de Estados.

Desde luego que este castellano nuestro está enriquecido de modismos y de localismos. Así en el castellano de Chile hay quechuismos y mapuchismos surtidos. No obstante, en su andamiaje vertebral –pese a variantes laterales y longitudinales que incluyen matices de entonación y giros propios– es uno solo. Ello explica que en aula y en el púlpito, en la tribuna y en la televisión, en el libro y en la prensa, en el regimiento y en la emisora radial, en cualquier comarca del Nuevo Mundo –desde el Río Grande a Magallanes– podamos oír y hablar sin mediación de intérprete ¡Distinto es la Vieja Europa donde el hito fronterizo implica no sólo mudanza de bandera y moneda, sino pasar de una lengua a otra!

Fe común

El otro pilar de la cultura es la religión. Ya analizamos de modo somero el idioma. Igual a éste, aquella comienza a difundirse a partir del Descubrimiento mismo. Siglo XVI, siglo XVII y siglo XVIII. Trescientos años de iberización o –si se quiere– de hispanización, significan en el plano de lo sanguíneo que a los varios centenares de etnias indígenas -altamente heterogéneas- se les pone un común denominador genético: lo español. Será, como con clarividencia anota Gabriela, «*en Perú el quechua-español, en México el azteca-español, en Chile el mapuche-español*»... Así en lo lingüístico se impone –por sobre los mil y un dialectos y también por sobre el refinado idioma quechua– la suprema majestad del castellano. En lo religioso, el 12 de octubre de 1492 implica inaugurar una gigantesca campaña de cristianización o, también podemos manifestar, de evangelización. Evalúase el proceso con simpatía o fobia, lo objetivo es que Iberoamérica se incorpora a la catolicidad.

Aclaremos –eso sí– que la religión no es sólo liturgia y dogmática, ritual y teología. No. Así como Iglesia no es, sino adjetivamente, templo. La religión supone una visión del mundo y del hombre, un circuito de valores y un estilo de existencia. La estructura de la familia y las utopías, las legitimidades y los tabúes, el tiempo y la muerte son concebidas de un modo

u otro acorde con nuestra confesión. Aquí se puede criticar al clero y, aún más, permanecer distante de la Iglesia. Hasta es posible, en lo filosófico, adscribirse al agnosticismo, pero –como una segunda piel– culturalmente hablando somos cristianos.

¿Una religiosidad propia?

Este cristianismo nuestro posee un matiz original: proviene de la vertiente hispanocatólica. Todavía más, está impregnado de elementos indígenas y también africanos. Es una simbiosis. Se está ante un sincretismo religioso particularísimo ¿Qué es, por ejemplo, la Fiesta de La Tirana? Pues una manifestación cultural que moviliza, por encima de fronteras, a miles y miles de peregrinos. Allí se expresa aquella religiosidad generada en fuentes –al comienzo– contrapuestas y después complementarias. Palestina, Europa y España están en plena Pampa del Tamarugal. No obstante, también está nuestra América autóctona con su estruendo musical, sus danzas y máscaras, atuendos y marianismo... Aquello es una fantástica algarabía, un multicolor festival, una masiva manifestación de fe popular.

Santuarios de esta índole están esparcidos de México al Cabo de Hornos. Expresan el cristianismo híbrido de Iberoamérica. Así se aprecia en la fantasmagórica Diablada de Oruro que honra a la Virgen del Socavón y en las danzas y plegarias

de la Virgen de las Peñas en Arica. En los bailes chinos de Andacollo y en las procesiones a la Virgen de Luján en Argentina. En la fe milagrosa depositada en la Difunta Correa –aquella mártir de Vallecitos en San Juan– que anualmente reúne un millón de peregrinos del Cono Sur. En el culto por Ceferino Namuncurá –mapuche cristiano del extremo austral de Argentina– juzgado venerable por Roma, pero que ya el pueblo lo enaltece como el Santo de las Tolderías. En la devoción honda motivada por la Virgen de Guadalupe –a la sazón patrona de nuestra América–. En el bizarro espectáculo de los «cuasimodistas» del Chile Central galopando, tras el Santísimo, para acompañar al cura –de hogar en hogar– donde residen enfermos o inválidos que requieren la comunión cada primer domingo después de Semana Santa. También la religiosidad popular se manifiesta en las «*mandas*», en las «*penaduras*» y en las miles de «*animitas*» cuyas velas iluminan la noche campesina a la vera de senderos, caminos y carreteras o en plena urbe como aquella de Estación Central erigida a Romualdito... En todos estos testimonios palpita la cultura mestiza.

La religiosidad popular y, por lo mismo, nacional es profundamente mariana. Curiosamente más que el Cristo crucificado es María con Jesús en los brazos la suprema deidad. Quizás sea ello producto del culto de los pueblos indígenas a la diosa de la fecundidad –por ejemplo, la Pachamama de los quechuas–

la que renace en el culto a la madre de quien naciera un 24 de diciembre hace más de dos mil años en Belén, una aldea del Cercano Oriente²⁵.

Lo africano

Si este empalme se da entre la fe de los descubridores ibéricos y las creencias ancestrales de los pueblos indígenas. con fuerza en el ámbito andinoplataense, en el área amazónicoantillana el fenómeno es distinto. Allí la religión traída en carabelas y galeones se amalgama con las supersticiones y ritos de origen africano... Vudú en Haití. En Cuba la «*santería*». «*Macumba*» y «*candomblé*» en Brasil. He aquí algunas de las muchas manifestaciones de lo afroibérico. En las Catedrales Metropolitanas y en los Seminarios Pontificios así como en las Facultades de Teología de las Universidades Católicas se expresa el «cristianismo químicamente puro». No obstante, en la barriada y en el campo, en la soledad del pique y en la faena pesquera y, en general, en todos los escenarios de la vida y pasión, muerte y resurrección

25. Véase Godoy Pedro, Jeffs Leonardo, Celedón Eugenio: «*Carta a Puebla*» (Edit. Coyoacán, Buenos Aires, 1979). Sobre la misma materia se advierte que no existe vínculo alguno entre religiosidad popular e «*Iglesia Popular*» y «*Teología de la Liberación*». Ambos son instrumentos del marxismo-leninismo para infiltrar a la cristiandad de Iberoamérica.

del pueblo iberoamericano está ese sincretismo que ensambla la fe que vino de España y Portugal con las creencias vernáculas y con los cultos de aquellos africanos que, reducidos a la esclavitud, se transforman en inmigrantes forzosos. Esos africanos al igual que los europeos y asiáticos, hacen del Nuevo Mundo una magna Patria.

La africanidad aquí es un aporte etnocultural de alta importancia. El perfil, la fisonomía y el sabor de Iberoamérica no sólo se explican por el injerto de lo hispánico en lo indígena, sino también hay que considerar lo negroide. ¿Cómo podríamos explicar la samba, la salsa y hasta la cueca? ¿La poesía de Palés Matos y la lambada? ¿El vigor de los mulatos y la belleza de las mulatas, el carnaval de Río y la cumbia? ¿El ballet futbolístico de Pelé y los versos de Nicolás Guillén y de Nicomedes Santa Cruz? ¿La escultura del Aleijandinho, la paleta de Cándido Portinari, la prosa de Alejo Carpentier y de Jorge Amado? ¿Cómo referirnos a ese bagaje cultural y «escultural» sin aludir al África profunda? África que en Iberoamérica no está pura, sino «*amulatada*», es decir, se incorpora a esa macrolicuadora emulsionante de elementos tan dispares que empujan al filósofo José Vanconcelos a sostener que aquí, en este Nuevo Mundo, se plasma la «*raza cósmica*». Esta representa a un «*pueblo-continente*» de suyo ecuménico que el egregio mexicano juzga –y con razón– suma y síntesis de todos los afluentes sanguíneos y de todas las expresiones culturales del planeta.

La Iglesia ante la religiosidad popular reacciona –sobre todo en el siglo XIX y primeras décadas de la pasada centuria– con desdén. La evalúa como «*un mal menor*». Todavía más, la élite sacerdotal europeizante asume una actitud de franco rechazo. Se le moteja de «*barbarie pagana*» o de «*remanente de la superstición afroindígena*». Sin embargo, el Concilio Vaticano II implica un vuelco. El Papa Juan XXIII promueve en ese evento su rehabilitación. Otro tanto, de Medellín a Puebla promueve –quizás paralelamente– la Conferencia Episcopal Latinoamericana CELAM, organismo fundado por el monseñor Manuel Larraín. Estos factores abren –de par en par–, las puertas de los templos a esta catolicidad mestiza en cuyo vigor la Santa Sede deposita ahora una tremenda esperanza. No olvidemos: actualmente el mayor número de creyentes no está en el Viejo Mundo, sino en el Nuevo.

En Santa Cruz de la Sierra y en San Fernando así como en Guatemala y en Tegucigalpa –obsérvese como es de mestiza la toponimia– a un costado de la Plaza de Armas se edifica un modesto templo que, andando el tiempo, alcanzará el rango de Catedral. A los indígenas –mediante una metódica compulsiva o persuasiva– se les transfiere la nueva fe. Hay órdenes y congregaciones que pretenden erradicar las creencias aborígenes. Ostentan una mística de Cruzada. Las juzgan «*hechicerías satánicas*». Otras, en cambio, buscan y consiguen la simbiosis.

Promocionan Misiones. No imponen, proponen. No obligan a adoptar, sino persuaden a adaptar. Al cabo de 500 años un balance convence que Iberoamérica es raigalmente católica –como ya se manifestara– ese catolicismo no es eurohispano, sino híbrido. Un factor que, al igual que lo étnico y lo lingüístico, da su fisonomía original a nuestra América.

Lo urbanístico y lo gastronómico

Quienes cruzaron el Atlántico durante los tres siglos –descubridores, conquistadores y colonos– no lo hacen para regresar. La quemazón de navíos de Cortés y aquel desafío de Pizarro en la isla del Gallo son situaciones simbólicas del compromiso asumido por «*teules*», «*viracochas*» o «*huincas*» con el Nuevo Mundo. En consecuencia, la gesta hispanizadora no la efectúan cáfilas de saqueadores cuyo propósito es el retorno, sino huestes con vocación de arraigo. Ello se observa en el esfuerzo fundacional de urbes.

En los diversos territorios convertidos –en virtud a Capitulaciones y Reales Cédulas– en Capitanías, Gobernaciones, Presidencias y Virreinos se fundan las ciudades apodadas «*indianas*». A veces sobre una urbe nativa como México y Cuzco. Con frecuencia superpuesta a una *toldería* indígena como Santiago del Nuevo Extremo o en otras oportunidades sobre un sitio eriazado. El empuje urbanizador de la Corona hoy sorprende por su vigor. Florece –ya en el siglo XVI– la vida citadina.

Hoy las mayores ciudades iberohablantes no están en la Península, sino en Iberoamérica. Alcalá de Henares, Lisboa, Oporto, Coimbra, así como Cáceres o Sevilla son urbes pequeñas comparadas con Ciudad de México, Brasilia, Río de Janeiro, Buenos Aires, Lima o Santiago de Chile. Y digo ... de Chile, porque hay un Santiago del Estero en Argentina, un Santiago de los Caballeros en República Dominicana y un Santiago en Cuba. Y no olvidemos, el Santiago más antiguo es Santiago de Compostela en España y ello junto con recordar que el Santo Patrono de los hispanos es Santiago. Ello explica el nombre otorgado a estas metrópolis y el grito de guerra de los soldados en las escaramuzas y batallas de la epopeya conquistadora equivalente –para algunos– a la Reconquista emprendida contra la morisma.

Lengua y religión son los principales pivotes de la cultura. La ciudad es el ámbito de encuentro de la colectividad alóctona con la autóctona. Será un hogar natal de mestizos y criollos. En la encomienda y el repartimiento «en» y «desde» la casa patronal habrá otro eje campesino del mestizaje no sólo en lo étnico, sino en lo cultural. El influjo recíproco de ibéricos y aborígenes posee manifestaciones múltiples. Uno de ellos es el terrígeno universo de lo «*mascable*» y lo «*chupable*».

Los comestibles y los «bebestibles» –ya en la primera hora– son mixtos. Viandas y «tragos» trasatlánticos se alternan con guisos y licores

indígenas. Paladares y gaznates ibéricos se habitúan a los condumios y brebajes preparados por las mujeres aborígenes que desempeñan labores en la cocina. La tromba de los niños mestizos –desde la cuna– asume como propia una gastronomía mixta vigente hasta hoy. Pensemos –mejor imaginemos– los poroto con longaniza, el arrollado con pebre, las humitas con tomate, la ensalada mixta, el charquicán y la tortilla de rescoldo, el vino y la chicha. El frejol, el ají, el maíz, el tomate, la papa, el zapallo, la palta son vernáculos. Están aquí. Mas, de España se trae el cerdo, el trigo y la vid. Sin cerdo no tendríamos chorizos ni arrollado huaso. Sin trigo no hay pan amasado. Sin vid no existirá el parronal y tampoco el tinto, el blanco o la chicha de Malloa, Curacaví o Paredones.

El quinto centenario: medio milenio

En 1992 se conmemora el V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización. Otros prefieren emplear la expresión «V Centenario del Encuentro de Dos Mundos». Condensando lo enseñado digamos que, a partir del 12 de octubre de 1492, mutuamente se descubren España y América. Chocan y fusionan los que están con los que llegan. El mestizaje es totalizador y cubre lo étnico y lo cultural. No faltan quienes –con motivo de la magna efeméride– animan nostalgias virreinales. Sobran aquellos que disparan sobre España. Son los

indigenistas. A veces logran movilizar a segmentos del 5% de aborígenes con financiamiento de Fundaciones euroyanquis. Vitalizan la funesta leyenda negra cuyo efecto descastador es sobradamente conocido. La fecha –se juzga– no es una fiesta. Tampoco un velorio. Si no hay espacio para el regocijo, menos puede haberlo para el rencor. Es una jornada conmemorativa que permite efectuar un solemne balance de 500 años de vida en comunidad, de evaluar el presente y de pronosticar el futuro inmediato y distante. Aún más, es un minuto clave para concientizar, sensibilizar y movilizar a millones de «hombres oscuros». Estos se iluminarán descubriendo y exaltando la identidad nacional, es decir, hispanoamericana.

Crisis de identidad

La cultura es nuestro ser, sentir y anhelar. Aún más, es nuestra credencial o, si queréis, nuestra identidad. Es aquello que nos hace ser nosotros mismos, es decir, distintos a otros conglomerados humanos. Y es también el autorretrato o el espejo en el cual nos reconocemos con una individualidad grupal única. Mas, he allí el problema... Algunos no tienen carnet, otros lo extraviaron y no son pocos los que lo ocultan. Unos se miran en el espejo y no se ven. Otros se observan con horror, pues no se gustan. Se ven horribles. Quizás usen espejos cóncavos o convexos y, por ende, la imagen

que contemplan está distorsionada. Hay otros –quizás aquellos que más influyen sobre la multitud– son los que se miran en el espejo y se ven, pero no se ven como son, sino como quieren ser²⁶.

Estas consideraciones, quizás un tanto deshilachadas, son el fundamento para manifestar que estamos ante el viejo y actual problema de la desidentificación. Los iberoamericanos no se saben, no se sienten, no se quieren iberoamericanos. Unos apenas si se saben, se sienten y se quieren como ciudadanos de un país particular y de yapa odian o desprecian al Estado vecino. Otros se sienten y se proclaman desafortunados por ser iberoamericanos y no yanquis o europeos. Recuerden aquello que «*la raza es la mala*». Habrían anhelado un Colón representante de Gran Bretaña, de Holanda, de Alemania o, en último caso, de Francia, pero ¡tocarnos España! ¡Qué desgracia! Padecen unos y otros –alternativamente– de complejo de superioridad y de complejo de inferioridad. La autoimagen es deplorable y, por ende, la autoestima aparece como depreciada.

El presente síndrome psiquiátrico pavimenta la penetración de los imperialismos en lo político

26. <http://www.24horas.cl/informeespecial/>

Hay información muy valiosas en este programa. No concordamos en extender el principio de no discriminación a trastornos de género. Sin embargo, contiene datos iluminadores en diversos temas abordados en el presente texto.

y en lo económico, en lo financiero y en lo militar, en lo tecnológico y en lo académico. No hay sólo superpotencias hegemónicas cuyo vigor y brutalismo viola la soberanía de nuestras repúblicas. Esta es una imagen parcial. Hay otro factor poco divulgado. Al interior de cada país existen minorías –a veces mayorías– proimperialistas. Sus representantes acuden ante el «hermano mayor» para solicitarle inmigrantes como colonos, implorarle auxilios que permitan resolver querellas intestinas, ofrecerle opciones de invertir en la economía y subsidiarle el financiamiento de sobredimensionadas FFAA. En el folklore político hay varias expresiones destinadas a estigmatizar a estos «*mister Jara*»²⁷. también se alude a «*cocacolistas*», «*yanaconas*», «*cipayos*» o «*vodkacocacolistas*» así como es dable referirse a «*rusólatras*», «*anglofilos*» o «*proyanquis*». En cualquier caso se está ante una actitud «vendepatria» o «herodiana»²⁸. Esta no es monopolio de las élites acaudaladas, es decir, de las oligarquías. Hay una cultura proimperialista en todas las clases sociales y en todos los grupos políticos.

27. «*Mister Jara*» es una categoría derivada de cuento de Gonzalo Drago incluido en «*Cobre*» (Edit. Zig Zag, Santiago, 1946). No obstante, este autor, igual que Guillen, jamás dispara sobre los «asovietados» jefes y subjefes del comunismo criollo.

28. Categoría creada por Arnold Toynbee para etiquetar a las minorías dominantes de pueblos sometidos. Estas asumen como propia la cultura de la metrópoli opresora. Deriva de Herodes, monarca títere del Israel dependiente de la Roma Imperial.

El comportamiento y la ideología procolonial están más difundidas que lo imaginado y su grado de peligrosidad es enorme.

Otro grupo, ubicado en el vértice superior de la pirámide social –lisa y llanamente– se siente europea o yanqui. Ello por la vía del remedo o de la mentira. Hace gala de impostura y mitomanía. Nicolás Guillen lo estigmatiza al escribir:

*«Aquí están los servidores de Mr. Babbit.
Los que educan a sus hijos en West Point.
Aquí están los que chillan ¡hello baby!
y fuman Chesterfield y Lucky Stríke»²⁹.*

«Los servidores de Mr. Babbit» antes lo fueron de John Bull. También –previo el maquillaje de rigor–

*29. «West Indies, Ltd.» Edit. Losada, S.A., Buenos Aires, pág.19.
30. En Cuba circulan anónimos versos en el estilo guilleniano. Son críticas a la postura prosoviética del notable poeta afroantillano. Una estrofa zahiere a la nomenklatura castrista del modo siguiente:*

*«Olvidaron al tata camaronero,
ahora beben vodka y no ron.
La hija es Nadia y el hijo Molotof.
Del «26» resta apenas «¡compañero!»
y La Internacional es la canción».*

Con la expresión «26» se alude al Movimiento «26 de julio» que hizo la revolución martiana y bolivarista, es decir, verdeoliva. Esta derribó al general Batista, pero su orientación demonacionalista se observa tempranamente pervertida por el comunismo interno y los agentes de Moscú.

se conviertan en obsecuentes sirvientes del Kremlin³⁰. Mas –reitérese– la vocación de servidumbre no es exclusiva de la clase alta. También existen herodianos en la clase media y en la clase baja. El influjo de la metrópoli sobre la periferia es apoyada –desde dentro de ésta– por quienes se sienten extranjeros en su propio país, alquilándose como lacayos de un centro de poder mundial.

El comportamiento diseñado –expresión de la dependencia cultural– posee un reverso no siempre detectado y jamás denunciado. Es bifronte como esas valijas con doble fondo fabricadas para el contrabando de estupefacientes. Una fachada es la descrita. La otra explica su agresivo chauvinismo de consumo generalizado, aunque los adictos más fieles se reclutan en las capas populares económicamente desvalidas y sin la ilustración adecuada que les posibilite una actitud crítica ante los mensajes entregados por la escuela y el cuartel, la radio y la prensa, el televisor y la tradición oral. Los núcleos anticonformistas, es decir, contestatarios pueden identificarse con las izquierdas –en casi siete décadas– han exhibido una manifiesta incapacidad rectificadora en esta esfera. El alucinógeno patriotero, en consecuencia, circula sin control como legitimado por «moros y cristianos». Ha llegado a cristalizar en una especie la subcultura apoyada en lugares comunes anclados en la conciencia colectiva como clavos tan enormes como enmohecidos.

Entre esos aparece aquello de «*Chile es la Prusia de Sudamérica*» o «*Chile es la Francia de Sudamérica*» que aluden, respectivamente, a supuestas virtudes castrenses e intelectuales de nuestro pueblo. Más manoseado es aquel «*los chilenos somos los ingleses de América del Sur*». También constituye un dogma sacrosanto la afirmación: «*Chile posee una raza homogéneamente blanca*». Siempre el referente paradigmático es Europa, juzgada como supremo espejo. El alcaloide patriotero legítima la política exterior de la oligarquía criolla –a veces agresiva y siempre aislacionista– y, más que eso, avala las actitudes prepotentes, desdeñosas y desconfiadas de millones de chilenos respecto a las repúblicas fronterizas. No resulta entonces difícil prejuizar a Perú y Bolivia como «*países de indios piojentos y borrachos*» y a Argentina como poblada por «*compadritos afeminados y fanfarrones*». Todo esto condimentado con consignas geopolitiqueras justificatorias de una política de defensa agobiante y programada con miopía en orden a concebir a los vecinos como potenciales enemigos de ayer, de hoy, de mañana y de siempre. Este afán de insistir que Chile es distinto y distante del resto del Cono Sur supone un excepcionalismo desidentificador. No creemos que sea diverso el fenómeno al interior del resto de las repúblicas de este «*mundo ancho y ajeno*» que es la patria común. La crisis de identidad ha convertido al continente en un archipiélago y cada Estado flota, como témpano, en

un océano de frialdad sin conexión submarina y sin común horizonte.

El narcisismo se nutre del narcótico patrioter. Conlleva –de un lado– la actitud etnocéntrica. Esta se traduce en desprecio o desconfianza respecto al país vecino. Por el otro, idolatría zalamera y genuflexa ante la superpotencia hegemónica, es decir, actitud sateloidal. En suma, un acoplamiento del complejo de superioridad con el de inferioridad. Una personalidad colectiva anómala que exige tratamiento psiquiátrico. Una dolencia doble que la etiquetamos como «*crisis de identidad*». A ese morbo, no suficientemente diagnosticado, atribuimos la escondida raíz del subdesarrollo y de la dependencia. Es observable a través de un síndrome bifacético. Bifacético porque posee dos caras: *el quiebre de motivación de pertenencia y el efecto deslumbramiento*.

Brevemente, *el quiebre de la motivación de pertenencia* se manifiesta en el desapego, en el divorcio respecto al país natal y su pueblo. Las lealtades hacia uno y otro disminuyen hasta desaparecer. Así se legitima el entreguismo letal practicado por las élites de babor y estribor. *El efecto deslumbramiento* es el fetichismo por la superpotencia en torno a la cual la periferia gira. Todas sus expresiones culturales como modelos, modas, modismos, ideologías, doctrinas y cuanta chuchería y zarandaja producen, se importan o imitan.

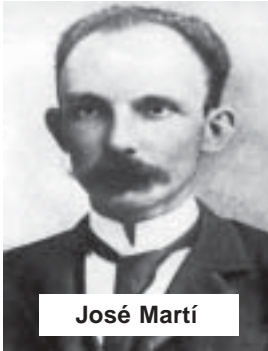
En suma, se ignora y desprecia lo propio y se sobrevalora y enaltece lo extranjero. No olviden... para ser Miss Chile no hay que ser chilena, sino en lo posible gringa o hija de gringos.

Contracultura y liberación

Aquí –sobre todo en las Universidades y, en general, en los institutos docentes– sobreponiéndose a lo criollo, es decir, a la cultura iberoamericana, se impone una cultura postiza hecha a base de parches, flecos y remiendos extraídos de otras culturas reputadas «superiores». Ello ¡para colmo! sin las adecuaciones necesarias. Cosa dañina es no **adaptar**, sino **adoptar** y con el agravante que esa importación cultural erradica o subvalora la creación propia. Frecuentemente aquellos «aportes» extranjeros ya están obsoletos en la patria de origen. Más que eso, para muchos, exime de la obligación de inventar. Eso nos ha degenerado en un pueblo plagiarlo, es decir, «copión», con entrenamiento para el calco y la fotocopia, pero parálitico en la esfera de la creatividad y temeroso de usar la imaginación. Se ha olvidado aquella advertencia de acero vertida por Simón Rodríguez: «¿O inventamos o erramos!». En diversos ámbitos se cosechan yerros porque se procede, precipitadamente, al imitacionismo. En suma, no usamos el cerebro, sino el pantógrafo.

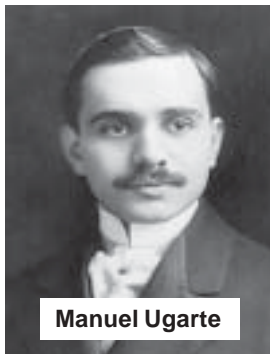


Simón Rodríguez

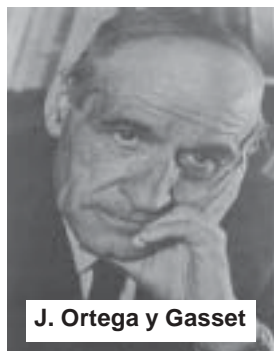
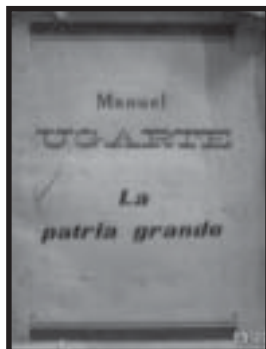


José Martí





Manuel Ugarte



J. Ortega y Gasset



Esa cultura adventicia, es decir, sin raíces que predomina en citas y bibliografías, en textos y lecturas, desdeña lo teorizado por la intelectualidad nacional y no incentiva el fecundo contacto del alumno con la fantástica realidad sociológica y telúrica iberoamericana. Esa cultura académica es sin sexo nacional. Su vigencia permite –por ejemplo– que un alumno del Liceo de La Pincoya³¹ aprenda en aula mucho de Napoleón, algo de O’Higgins y nada de Bolívar. A ese alumno que apenas se expresa en castellano y nada redacta, se le imponen ya en la escuela –en medio de la pobreza económica y de la estrechez de horizonte– las asignaturas de Inglés y de Francés³². Estamos, reitero, ante un ejemplo. Como todo ejemplo es discutible. Apenas constituye un relámpago iluminador de la tesis que se intenta comunicar.

Quizás para finalizar manifestemos que la liberación política y económica nuestra pasa, previamente, por el rescate de la identidad nacional y lo nacional es lo iberoamericano. Hay que aceptar jubilosa y críticamente lo que somos para adquirir personalidad ante un planeta manejado por colosos. Jubilosamente porque sobran motivos para el orgullo. Críticamente porque lo que somos y tenemos lo podemos y debemos enriquecer y perfeccionar.

31. La Pincoya es una deprimida población marginal del Gran Santiago.

32. Ahora surge el proyecto de la asignatura de Chino Mandarín.

Ninguna revolución triunfará en nuestra América, si no se efectúa en alianza con las otras repúblicas constitutivas de esta Patria Grande. Aún más, toda revolución se frustra si no somos capaces primero de autodescubrirnos, es decir, de rescatar nuestra identidad. Nuestra identidad nacional hispanoamericana. En caso contrario, nos convertiremos en cenizas de los tiempos, aludiéndose en el porvenir próximo a nuestra América del mismo modo que los griegos de la época de Platón se referirían a la misteriosa Atlántida sumergida o a la mítica Tartesos. Debemos entonces superar la modorra de Macondo y la condición mortecina de Comala, aquel villorrio miserable –descrito por Juan Rufo– convertido en morada de almas en pena. Erguirnos y marchar supone reidentificarse. Esta reafiliación devuelve personalidad colectiva a un conglomerado de 500 millones de habitantes.

No es la señalada una batalla fácil. Por el contrario es difícil, difícilísima, pero no imposible. Es una batalla en la cual la lucidez sin tesón de nada vale. Así como de nada vale el tesón sin lucidez. Es una batalla que supone un proyecto compartido y aglutinante. Ante cualquier magno propósito, la gente se divide en entusiastas y pesimistas. También existen los indiferentes. Ahora si queréis saber cual es mi militancia yo estoy, ayer como ahora, con los entusiastas, con los optimistas. Nos afiliamos al equipo de quienes creen factible la empresa señalada, sin olvidar que ello es difícil y, a veces, riesgoso.

EL QUINTO CENTENARIO

Es la efeméride que debe significar el comienzo del autodescubrimiento. Este nuevo 1492 será hazaña nuestra. Implica restaurar la identidad, asumiendo –de modo orgulloso y crítico– nuestra condición hispanoamericana. Los 500 años brindan la oportunidad de encontrarnos a nosotros mismos. Así pondremos fin al secular naufragio existencial que padecemos. Entonces Iberoamérica –nuestra América, aquella que comienza en los Pirineos así como España acaba en Tierra del Fuego– se transformará, si nos esforzamos, en la reina de las naciones del Orbe, acorde a la profecía de Bolívar.



«La mitomanía es vicio suramericano. Implica demoler hechos y cubrir el espacio con leyendas. El mito es la infancia de los pueblos, explicación equivocada, miserable error... Yo quiero ser recordado como un destructor de mitos, una persona que se pasó la vida bombardeando la chatura y esterilidad de sus compatriotas. Un hombre que se negó a vivir amurallado en Mitópolis, aquella urbe en que los mitos son moscas expertas en esquivar la verdad y soldaditos de causas innobles».

Joaquín Edwards Bello

EL NACIONALISMO DE «IZQUIERDA» EN CHILE



Analizar el nacionalismo en Chile exige seis consideraciones previas. Una: se detecta un galicismo encubierto al aludir a «izquierda». Las categorías «izquierda» y «derecha» las ponen de moda ujieres y bedeles de la Asamblea Legislativa y de la Convención Nacional durante la Revolución Francesa. Quizás «nacionalismo popular» sea más adecuado. En todo caso nacionalismo es necesariamente un fenómeno que aglutina pueblo y ese pueblo es la nacionalidad. Se excluye sólo a una minoría coludida con los imperialismos que Toynbee denomina «herodiana». Está –agregamos– ubicada a babor o a estribor.

Otro asunto es verificar que, los grupos autobautizados nacionalistas, padecen de fetichismo respecto a la Alemania de Hitler y a la Italia de Mussolini y, en menor grado, a la España de Franco y hasta por la Rumania de Codreanu. Sin embargo, omiten el Sinn Féin (Irlanda) que inspira la rebeldía de los líderes del III mundo a comienzo del XX. Menos se interesan por los boxers y el Kou Ming Tang, el swaraj de Bal Gangadhar Tilak o el Baath... Eso se ignora. La idolatría por lo europeo los pone de rodillas. Es el eurocentrismo que, ¡cosa curiosa! no superan porque son reflejo del Viejo Mundo y viven de espalda a lo criollo.

Se observa en los diversos grupos autonominados «nacionalistas» alucinación por ideólogos de Europa. Apenas a modo de ejemplo, ayer Osvaldo Spengler y hoy Julio Evola, pasando por Federico Nietzsche, Carlos Maurras, Arturo Moeller van der Bruck, René Guenón, León Degrelle, Carlos Schmitt, Martín Heidegger, Mircea Eliade hasta Carlos G. Jung. Siempre –ahora en lo teórico– la hipnosis la genera el Viejo Mundo. Ello va vinculado al desconocimiento de los aportes criollos entre los cuales están los contestatarios de 1910 equivalentes a los «regeneracionistas» del 98 que son los profetófilos del nacionalismo en Chile.

Lo expuesto deriva el manejo de un nacionalismo necesariamente antiargentino, antiboliviano y antiperuano. Los vecinos, en función de una percepción sólo post Independencia, serían extranjeros y enemigos de ayer, de hoy, de mañana y de siempre. Este enfoque está en la semilla de la geopolítica vigente en nuestras FFAA, se expande a través de textos escolares y lo activan los medios. Coagula en una visión de «patria chica» y en el síndrome de fortaleza asediada SFA. Supone la defensa sólo de lo territorial con olvido de lo económico, lo financiero y lo cultural. Implica agigantar los litigios limítrofes, la exaltación de hechos de armas de la Guerra del Pacífico y promover el racismo blancocrático³³. Es lo que en Francia se etiqueta como «*chauvinismo*» y «*gingoismo*» en EEUU.

33. Existen grupos «nacionalistas» que difaman a los inmigrantes peruanos y hasta los hacen objeto de cobardes agresiones callejeras.

La versión de nacionalismo impuesta entre 1973 y 1990 es de caricatura. Equivale entenderlo sólo como biombo para aniquilar al «*enemigo interno*», según la receta de la Escuela de las Américas. Tal adversario –para los uniformados expertos en contrainsurgencia– son los marxistas. No aquellos de cuna dorada o de relevancia externa, sino los privados de dinero e influjo. Esos «pagan los platos rotos». El marxismo se evalúa un cáncer curable sólo con la metralleta. No captan que lo nacional es amalgamable con el socialismo. A modo de ejemplos: Ho Chi Minh o Mao³⁴. Ellos mismos dan muestras de cosmopolitismo apátrida adhiriendo a las tesis de Milton Friedman de la Escuela de Chicago e intentando convertirse en sobrinos predilectos del coloso del Norte y, por cierto, del Reino Unido.

El patriciado fundacional

El Centenario de la República origina júbilo en el *establishment*. La oligarquía gobernante arrastra tras sí al poverrío urbano y rural. Los festejos son en medio de la prosperidad derivada del salitre. Atrás queda el trauma de 1891. «Moros y cristianos»

³⁴ Ver de Godoy, P.: «FFAA: reflexión permanente», pág. 87. *El comunismo «criollo» jamás se nacionaliza. Acompaña al PC ruso en difamar a Tito y después a Mao o Dubeck. Son herodianos de izquierda o, si se quiere, lacayos del ahora fenecido imperialismo soviético.*



Francisco A. Encina



Alejandro Venegas





Tancredo Pinochet



Luis Galdames



alcanzan un consenso: ha transcurrido un siglo de progreso sostenido y de resonantes victorias bélicas. Ello justifica la desbordada alegría. Es aquella una sociedad autocomplaciente que imita a Europa y vive orgullosa de integrar un país excepcional que no es iberoamericano, sino una ínsula europea. De allí deriva aquello tan grotesco «*los chilenos somos los ingleses de América del Sur*». El panorama lo estropean ciertos personeros de la naciente mesocracia. Logran la adhesión de figuras marginales de la aristocracia y aislados representantes del artesanado.

Estigmatizan como burla aquella parafernalia de desfiles de tropas, banquetes oficiales, chingana populares. Son aguafiestas para los cuales esos 100 años arrojan un balance negativo. El país –alegan– continúa sumergido en el atraso, con abismales desigualdades de clase, ostensible el vasallaje extranjero en lo económico y en lo cultural y un pueblo tan empobrecido como ignorante.

Imposible para los autoflagelantes apagar el regocijo. No obstante, dejan huellas indelebles. Destacan –entre varios– Nicolás Palacios, Luis Galdames, Francisco Antonio Encina, Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet, Guillermo Subercaseaux, Julio Saavedra, Luis Emilio Recabarren. Cada uno publica obras testimoniales. Son notables aportes, aunque menospreciadas por quienes, de un modo u otro, son herederos de aquellos autocomplacientes que festejan el I Centenario. De allí desinterés en orden a reeditarlos.

Importante poner de relieve que, en 1910, estalla la Revolución Mexicana cuya irradiación es continental. 8 años después: la Reforma Universitaria de Córdoba. Campesinos y estudiantes adquieren, respectivamente, roles protagónicos. Ambos hechos poseen como telón de fondo la I Guerra Mundial y la Revolución soviética. Pareciera que estos hechos, así como las giras conferenciales de Manuel B. Ugarte, al menos en la hora prima, no influyen mayormente sobre nuestros contestatarios del I Centenario que fundan el Partido Nacionalista en 1913.

Obstáculo inesperado

El alessandrismo –temprano brote populista– arrasa. El verbo demagógico del León de Tarapacá resta fuerza al Partido Demócrata, anula al Partido Obrero Socialista y –lo que interesa– disuelve a la joven tienda fundada por los anticonformistas del I Centenario. Sus líderes son succionados por la fuerza que desencadena el caudillo que con el «Cielito lindo», inaugura la política «*desensalonada*» y edifica un frente policlasista con el cual alcanza La Moneda en 1920. Queda así desmenuzado el esfuerzo en orden a generar el III camino.

Pocos años más tarde –entre 1924 y 1932– el nacionalismo resurge. Ya no están vigentes los ideólogos anotados. Sin embargo, el ideario que enarbolan se alberga en las FFAA y, de modo

particular, en el Ejército y la bisoña Fuerza Aérea. Se expresará de modo inorgánico a través del militar Carlos Ibáñez del Campo y del aviador Marmaduque Grove Vallejo. Sobre ellos gravita no sólo el mensaje nacionalista de 1910, sino también los enfoques innovadores de la Generación de 1920.

Los del 20 –Carlos Vicuña Fuentes, Juan Enrique Lagarrigue, Jorge Julio y Elizalde, Joaquín Edwards Bello, entre otros– en cierto modo son legatarios del nacionalismo del año 10, pero también son hipnotizados por el alessandrismo primigenio. Aportan un componente novedoso que esta sólo en la semilla: la dimensión iberoamericana del nacionalismo. Ello es notorio en postular la salida al mar para Bolivia, el fin de la guerra fría con Perú e impulsar un mercado común suramericano³⁵. Figura solitaria –insuficientemente analizada– es la del médico José Santos Salas, especie de puente entre esa mesocracia insumisa y la juventud militar.

Entre dos caudillos

De un modo u otro –en mayor o menor medida– los personeros del 10 y del 20 influyen sobre el ibañismo y el grovismo. Ibáñez reintegra Tacna y baraja el proyecto de un *zollverein* suramericano. Grove,

35. Ver «La cuestión del Norte» en <http://www.fortinmapocho.com/detalle.asp?Pro=1369&Type=149>

mediante un cuartelazo, depone al Presidente Montero y proclama la República Socialista de los Trabajadores de Chile. En su manifiesto fundacional propone una 3ª posición equidistante del capitalismo internacional y de la URSS así como una federación de Estados indoamericanos. Es notorio ya el influjo del APRA.

El ibañismo hecho gobierno intenta generar con el marbete del «Chile nuevo» un movimiento que, en cierto modo, es nacionalista popular que intentando *«aplicar el termocauterio arriba y abajo»*. Se esfuerza en dar sustento popular a su régimen a través de la Confederación Republicana de Acción Cívica CRAC. Logra generar respaldo sindicalista e incluso atraer a ciertos intelectuales, pero la crisis mundial de 1929 carcomen la base de su régimen, el cual se desploma en 1931.

Es interesante observar que el nacionalismo popular –expresión, como ya se explicara, menos inadecuada que la difundida «nacionalismo de izquierda»– está germinal tanto en el grovismo como en el ibañismo. Aun más, será una constante de la tendencia que estudiamos la idea que, en los cuarteles, habría gérmenes que empalman con las tesis que sostiene y una postura ajena a la militarofobia tan frecuente en la izquierda clásica. Tal línea de pensamiento se refuerza –entre otros- con los hitos que significan el PRI de la primera época, Larrea Alva, Rafael Franco, Busch Becerra, Ovando, Torrijos, Rojas Pinilla y Velasco Alvarado...

El «nacismo»: esplendor y ocaso

En los 30 los caudillos Grove e Ibáñez cubren el escenario. Sin embargo, no es menos cierto que surge en 1932 el Movimiento Nacional Socialista. Sus fundadores –un abogado y un economista, respectivamente Jorge González y Carlos Keller– lo organizan para generar un nacionalismo popular y como alternativa al PC cuya perruna adhesión a Moscú se mantendrá incolume hasta el derrumbe de la Unión Soviética. Ello explica que buscaran, sin éxito, la alianza con el PS a la sazón instituido –entre otros– por Grove, Eugenio González, Eugenio Matte Hurtado y cuya trayectoria confusa analizo en texto ubicable en www.tsunamipolitico.com/socialismo802.htm

Ciertas modas europeas –el nazismo y el fascismo– generan una especie de leyenda negra del MNS. Quizás el uso de camisas y terciados, la orgánica miliciana, el saludo romano y autobautizarse como «nacistas» le resulta, mediáticamente, funesto. Hasta hoy se les ubica como «nazis» y representantes en Chile del III Reich³⁶. Sin embargo, es nítido que esa tienda es ajena a una expresión de secta apodada «nazismo esotérico» que fomenta Miguel Serrano que si venera a Adolfo Hitler como santón³⁷.

36. Ver referencia al tema en «Manual de Historia de Chile» de Francisco Frías Valenzuela. Es texto de uso masivo por alumnos y docentes.

37. Es interesante es intercambio de notas entre Enrique Zorrilla y Serrano. El primero, nativista y el segundo, germanólatra.

González –cuyos rezagados idólatras se regocijan exaltando apellido materno «von Marees»– se conectan con Ibáñez. El caudillo ha retornado de Buenos Aires después del exilio y el MNS apoya su postulación presidencial a través de la Alianza Popular Libertadora APL. Tal conglomerado permite ensanchar el influjo «nacista». Su arraigo popular es notorio. Es un camino alternativo a la opción de Gustavo Ross y a la de Pedro Aguirre Cerda. Factores de índole diversa entre los cuales figuran el temor a la victoria de la candidatura presidencial que impulsa La Moneda y la presión de Ibáñez y el nacismo por tumbar a Alessandri -quien ejerce su II mandato- favorecen el estallido del putsch del 5 de septiembre de 1938. Milicianos del MNS se insurreccionan. Ocupan armados la Universidad de Chile y el edificio del Seguro Obrero. Esperan el alzamiento de la guarnición capitalina. Es *vox populi* que las FFAA -en particular el Ejército- abominan de Ross. Los insurgentes no logran el apoyo castrense. Quedan aislados siendo masacrados, ya rendidos 59 estudiantes, oficinistas y obreros. Tal hecho de sangre implica el encarcelamiento del binomio Ibáñez-González y la contracción del MNS³⁸. Opta por apoyar a Pedro Aguirre Cerda y con ello gira a la izquierda. Luego se rebautiza como Vanguardia Popular Socialista VPS y hacia 1942 se disuelve. Tanto ese hecho como la adscripción de Jorge González al P. Liberal, presidido por el verdugo de sus discípulos, son enigmas que exigen indagación.

38. Vease <http://youtu.be/MBB7cgVkSmM>

El nacionalismo es neutralista

De 1936 a 1939 arde la Península... es la Guerra Civil española. Hasta donde investigamos el MNS no se pronuncia ni por Franco y los generales facciosos ni tampoco por la República. No obstante, la II Guerra Mundial lo precipita a una postura neutralista. Hasta 1941 –previo a la invasión de la URSS por Alemania y antes del ataque nipón a Hawai– tal postura se juzga respetable y cosecha adherentes. Coincide con la sostenida por los uniformados argentinos. Eso es muy notorio durante la vigencia del Tratado Molotov-von Ribbentrop.

Después de la Operación Barbarroja y de Pearl Harbour el neutralismo del MNS-VPS es sospechoso, pues la opinión pública –de derecha a izquierda– se torna frenéticamente aliadófila, sin duda, con el estímulo de los servicios de inteligencia de las potencias que combaten al Eje. Entonces «*neutralismo*» es denunciado como «*germanofilia*» y quienes lo sostienen, etiquetados de «*pronazis*» y hasta de «*niponazifascistas*» e integrantes de la «quinta columna». Oponerse al despacho de materias primas a EEUU a precio simbólico implica cosechar la acusación de estar al servicio de Berlín. Tal es el sanbenito aplicado a la tienda de González y Enrique Zorrilla. Luego de disolverse la VPS sus cuadros quedan a la deriva. Llevan un luto –los 59 asesinados– y una decepción que jamás comentan: la incorporación del Jefe al *staff* del León de Tarapacá.

Intentan asociarse en una pálida asociación de socorros mutuos y en resucitar un P. Nacionalista. Otros organizan pequeñas sectas como la Legión, pero ya no son los de antes. La mochila de tristeza y frustración que portan es demasiado pesada. Reaparecen en 1952 al interior del agrariolaborismo.

El enigmático general

Al comenzar los 50, como rechazo a las tres presidencias del P. Radical, nuevamente está en órbita el ibañismo. Pese a que ya no es el brioso coronel de 1929 vuelve a agitar la bandera del nacionalismo popular que incluye nacionalizar la banca y el cobre, hacer la reforma agraria y atajar la partitocracia. Contagia a medio país y ese fermento se convierte en levadura que moviliza millones provenientes de los más diversos estratos. Es lo que se denomina «bonapartismo».

Cuatro años antes llega –por las urnas– a la Casa Rosada Juan Domingo Perón. Es un militar que hace carrera al interior del GOU³⁹ y será neutralista durante la II Guerra Mundial. Postula la 3ª Posición y propone los EEUU de Suramérica. Su postura nacional y popular así como su nexa con Carlos Ibáñez alimenta ese nacionalismo que ahora –con mayor fuerza que antaño– adquiere dimensión iberoamericana.

39. Sigla de Grupo de Obra de Unificación que corresponde a logia nacionalista al interior del Ejército argentino. En otras versiones aparece como Grupo de Oficiales Unidos. Entre sus directivos figura Perón.

Otro hecho externo gravitará en la escena criolla. En la Semana Santa de 1952 estalla una revolución en Bolivia. No es un episodio de típica inestabilidad, sino un proceso de profundas transformaciones socioeconómicas y culturales. Lo conduce el Movimiento Nacionalista Revolucionario cuyos nexos con el peronismo son evidentes. Junto con ello en la presidencia del Brasil está Getulio Vargas y el «*queremismo*»⁴⁰ es un brote también equivalente al irradiado por Buenos Aires.

El influjo de Perón

El nacionalismo en Chile –obvio, se hace ibañista– y simpatiza con Perón. Su mayor fuerza está en el P. Agrario Laborista PAL al cual convergen no pocos «nacistas». También una fracción de socialismo que resiste las invitaciones del Presidente Gabriel González Videla a ingresar al gobierno. Se alude al Partido Socialista Popular PSP capitaneado por Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Clodomiro Almeida. En los comicios presidenciales de 1952 están con la postulación del ahora «*general de la esperanza*». Obtiene una mayoría aplastante de sufragios. La candidatura de Allende queda en último lugar.

La propuesta del ABC⁴¹ abre aun más la puerta al nacionalismo. Es una postura tan distante de la

40. Deriva de la consigna «**jQueremos a Getulio!**»

41. Pacto de integración propuesto por Perón. Asocia a Argentina, Brasil y Chile.

Casa Blanca como del Kremlin. Un poco implica el retorno al grovismo y al aprismo. Como lo explico en trabajo de mi autoría⁴² no es fácil implementarlo. La vieja patriotería chilena –esa potente tendencia al particularismo– posee adherentes en el círculo presidencial⁴³. La furia oligárquica contra el proyecto la expresa la prensa y las colectividades de derecha y aquellas ligadas a la masonería. Me refiero al P. Radical y al PS encabezado por Allende. Otro obstáculo es el arrinconamiento de Getulio Vargas que culmina con su suicidio⁴⁴.

De la decepción al entusiasmo

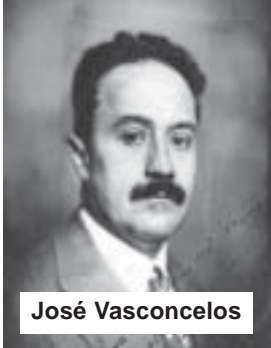
El viaje a Chile del Presidente Perón –febrero de 1953- es quizás la primavera más ardiente del nacionalismo. Sin embargo, el desbalance que origina el congelamiento de Vargas es factor que explicaría que el entusiasmo de Ibáñez por el ABC se estanque. Por otro lado, ni el PAL ni el PSP están a la altura del desafío geopolítico propuesto por el mandatario trasandino. La oligarquía –y también la DC⁴⁵– a través de prensa, libros y parlamento activan la resistencia

42. Ver de Godoy, P.: «Perón en Chile 1953».

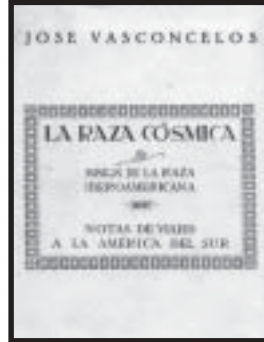
43. Ver Montero, René: «Confesiones políticas», cap. VIII, Edit. Zig Zag, Santiago, 1958.

44. <http://www.rebellion.org.php?id=111856>

45. Magnet, Alejandro: «Nuestros vecinos justicialistas» y «Nuestros vecinos argentinos». *Obras empapadas de fobia a Perón y a la república trasandina.*

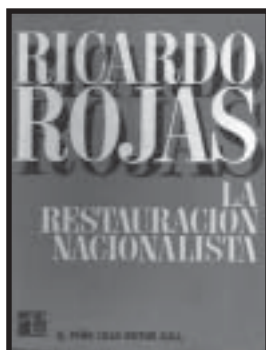


José Vasconcelos



V. R. Haya de la Torre





al proyecto. Sería un plan siniestro de «tragarse» al país y se denuncia el «imperialismo argentino» que implica el peligro del «*anschluss*».

El ibañismo hecho gobierno se marchita. Si bien, en reemplazo del ABC se alude ahora a los EEUU andinoplatenses ya el peronismo entra en menguante. Lo tumba, en 1955, un pronunciamiento militar. Como testimonio queda el Tratado de Unión Económica que contribuye a redactar Felipe Herrera quien estará entre los fundadores del CEDECH como se explica más adelante. La desilusión desinfla el nacionalismo de los 50 sobre el campo quedan ilusiones rotas. Reaccionará sin éxito Mamerto Figueroa que encabeza la Unión Popular Ibañista.

Un balón de oxígeno permite reanimar a no pocos desencantados: la Revolución Cubana triunfante en 1959. Se reaglutinan los tercios del nacionalismo. Hay controversia. Al final, oponentes e indecisos de apoyar a Fidel Castro resultan tener la razón. Los entusiastas –entre los cuales está el infrascrito y Eugenio Celedón Gassols, René Balart Contreras– a la corta o a la larga, se estiman engañados por el líder caribeño que, de humanista verdeoliva, deriva en marxista-leninista. No sólo eso.... también suscribe el Pacto de Varsovia y aplaude el aniquilamiento del socialismo con rostro humano por los tanques rusos en Praga.

El pratismo: Un relámpago

Al concluir la presidencia de Jorge Alessandri brota el Partido de Acción Nacional. Lo encabeza Jorge Prat Echaurren quien ha colaborado con Ibáñez y antes animado el semanario «Estanquero». Su candidatura al sillón de O'Higgins es efímera. Al excluirse de la pugna electoral un grupo pratista apoya a Allende. El resto se diluye entre los otros contrincantes. En el primer grupo está el ya mencionado Celedón así como Balart. Esos pratistas se organizan en la Acción Popular Independiente API que presidida por Rafael Tarud acompaña al IV allendismo en su malograda gestión presidencial. Permanece ajeno al marxismo-leninismo que se convierte en la ideología oficial del régimen, pero no consiguen impedir la penetración del espionaje cubano. Tampoco rompen con el régimen y se desploman, acompañándolo el 11 de septiembre de 1973.

De octubre a octubre

En 21 de octubre de 1969 se acuartela en el Regimiento Tacna el general Roberto Viaux. Antes, como Jefe de la División con sede en Iquique, se resiste a acatar su pase a retiro con el respaldo unánime y público de sus subalternos. Ambas actitudes la convierte en figura pública. Aglutina el descontento militar (remuneraciones exiguas y

equipamiento escaso). Un grupo civil que cuestiona el retorno de Jorge Alessandri a la Casa de Toesca y que está privado de fe en el allendismo se vincula con la subversión castrense.

En Perú se efectúa una profunda revolución bajo la tutela de las FFAA. Juan Velasco Alvarado se yergue como un militar que, sin proclamarlo, intenta cristalizar el programa del APRA. Un amigo del autor Carlos Delgado Olivera aparece como el ideólogo de ese proceso que pronto es elogiado en La Habana, visto con simpatía por el MIR en la Revista Punto Final y cosecha adhesión en el reagrupado PS. Por analogía diversos personeros que me rodean —algunos contribuyen a fundar, más tarde, el CEDECH— creemos que Viaux podría encabezar lo que denomino «*el peruanismo a la chilena*».

A ello aporta el testimonio del cineasta Helvio Soto quien ha rodado, en Tarapacá, el film «Caliche sangriento»⁴⁶. Informa que ha recibido el apoyo irrestricto del general Viaux en su tarea y que en sucesivas tertulias comprueba que ese uniformado es «*hombre de izquierda*» y simpatiza con el proceso peruano velasquista así como con la complementación del Cono Sur. Dicto, en la Universidad de Chile, conferencia «FFAA: alternativa de poder»⁴⁷ en la cual se teoriza sobre el

46. *Unico film revisionista histórico de la Guerra del Pacífico y, por ende, documento iberoamericanizante de excelencia.*

47. *Tal disertación se publica en folleto que circula en los cuarteles.*

tecnodesarrollismo militar. Concurren a escucharla decenas de jóvenes oficiales de la Academia Politécnica y de la Academia de Guerra que son el *entourage* del quien es el líder del «Tacnazo».

Visitas al regimiento indicado y la disertación me abren la puerta de la residencia del general en la cual durante un año se conspira. Se conversa de la conveniencia de proclamarlo candidato presidencial, pero ya es demasiado tarde. Todo cambia el 4 de septiembre con la inesperada victoria en las urnas de Allende. La mutación es instantánea. En horas, representantes del ABC1 comienzan a rodearlo. Son alessandristas que no toleran el triunfo de la Unidad Popular. Comenzamos a sobrar. Muy pronto nos autoexcluimos del círculo íntimo⁴⁸.

Se intenta, sin embargo, que Viaux reconozca a Allende como Presidente electo exigiendo que el PC sea marginado del gabinete. No hay acogida a la iniciativa. De modo sibilino –con o sin apoyo de la CIA– se trama el secuestro del comandante en jefe del Ejército para evitar que el Congreso Pleno otorgue luz verde al personero de la Unidad Popular. En ese momento aquellos que apostamos a un velasquismo mapochino nos marginamos del viauxismo. A la vera del camino queda la ilusión de Viaux como campeón del nacionalismo popular. Es octubre de 1970 y el magnicidio de Schneider abre –de par en par– la puerta de La Moneda a la Unidad Popular.

48. Ver prólogo en Godoy, P.: «FFAA: reflexión permanente».

Entre Allende y Pinochet

De 1970 a 1973 se está en la incomoda posición de apoyo crítico al gobierno de Allende. Se observa sectarismo y manifiestos errores en la conducción presidencial. Termocéfalos de la ultracopa al gobierno y el proceso se cubaniza. Las críticas formuladas rebotan en la blindada muralla dogmática de quienes manejan el P. Ejecutivo. Es verosímil que grupos de la Unidad Popular preparan autogolpe para tornar irreversible el proceso de entronización de ese socialismo. Se sabe de destacamentos armados y de presencia cubana. El desabastecimiento, el mercado negro y el alud inflacionario son fenómenos de la vida cotidiana.

Está claro –desde otro ángulo- que las FFAA preparan pronunciamiento. Hay conato en junio, pero el reventón es el 11 de septiembre de 1973. El régimen, sostiene sus corifeos, «*tiene todo controlado*». No obstante, exhibe debilidad increíble. Generales y almirantes están convencidos que para imponerse se requieren seis días mínimo. Se sorprenden cuando el gobierno se desploma en seis horas. De allí en adelante algunos de nuestros colaboradores optan por el exilio y otros por sobrevivir al interior siendo algunos represaliados y todos despojados de sus empleos o cátedras y, de modo frecuente, víctimas de allanamientos⁴⁹.

49. La democracia farisea repuesta en 1990 no reincorpora a esos exonerados. Da preferencia a recién retornados. Las jornadas completas en las Universidades se confieren a aquellos graduados en la RDA muy posiblemente por la STASI y no por la Universidad de Leipzig.

Representantes de grupos autoetiquetados «nacionalistas» colaboran. Optan más por odio al marxismo que por adhesión al ideario que proclaman sustentar. Nuestros colaboradores quedan a la intemperie. Son batidos por disparos de babor y estribor. Para unos son «*upelientos*» camuflados y para otros infiltrados «*filomilicos*». El apoyo a Viaux pesa en este caso como fardo. El III camino permanece clausurado. La dicotomía muerde los talones. Envuelto el nuevo régimen en la torpe convicción que «*quien no está con la Junta está en contra*» restringe, poco a poco, su base de apoyo. Se repite la epilepsia sectaria que es propia del ultrismo allendista. Sin embargo, en 1979 –como réplica al centenario de la Guerra del Pacífico– el esmirriado grupo nacionalista «de izquierda» proclama candidato al Nobel de la Paz al peruanísimo Haya de la Torre.

Cedech, Malvinas y Bolivia

Hoy las tesis de los transgresores del I Centenario así como las posturas adversas al eurocentrismo, la oposición a la indolatría disolvente, la defensa de la identidad mestiza, la pasión industrialista y la urgencia de sustituir las fronteras artilladas por otras cooperativas la representa el Centro de Estudios Chilenos CEDECH. La entidad a la cual convergen socialistas como Felipe Herrera, Mario Lobos, Jorge Barría Serón y el infrascrito, socialcristianos de la



Carlos Ibáñez del C.

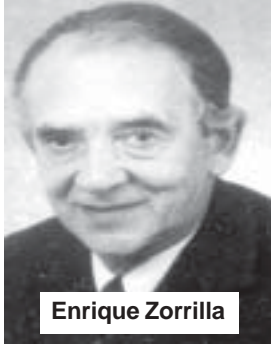


Marmaduke Grove



Jorge González





Enrique Zorrilla



Leonardo Jeffs



Eugenio Celedón



Pedro Godoy

estatura de Tomás Pablo Elorza, Clotario Blest y Leonardo Jeffs y nacionalistas –entre varios– los ya citados Celedón y Balart amén de Enrique Zorrilla.

El CEDECH se articula en torno a 1982 y es la única entidad que, en medio de la oceánica anglofilia, apoya a Argentina en la guerra de Malvinas⁵⁰. No sólo eso ha insistido en la conveniencia económica y geoestratégica de desenclaustrar a Bolivia, coincide con el P. Ejecutivo en evitar el conflicto con Argentina por el Beagle y aplaude sin reserva el Tratado de Paz y Amistad que pone fin a ese peligro de conflagración. Así como ayer acata el fallo arbitral sobre Laguna del Desierto hoy apuesta al dictamen de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en lo que al límite marítimo con Perú se refiere. Impulsa republicar las obras magnas de la Generación de 1910. Comienza editando los reportajes que, en el diario «El Chileno» de Valparaíso, publica en 1908 Nicolás Palacios⁵¹. A través de su portal electrónico establece la Biblioteca Virtual de los Autores Iberoamericanos Malditos. Los primeros electos son Pinochet Le Brun y Alejandro

50. La excepción es el Centro de Estudio para una Alternativa Iberoamericana CEAI encabezado –entre otros– por Pedro Banoviez y Erwin Robertson. Nuestra ponencia Malvinas: óptica chilena presentada en Congreso sobre el tema, convocado por la Universidad Nacional de Lanús, se remite a petición del interesado.

51. Ver de Godoy, P.: «Día de sangre». Allí, con la colaboración de Gustavo Galarce, se rescatan las crónicas de prensa del autor de «Raza chilena».

Venegas. En papel o en la web irá, de modo gradual, publicando a otros contestatarios de la misma época... Todos lapidados por el silencio. Dispone para ello de red de colaboradores del exterior y Manuel B. Ugarte es el próximo no chileno incorporado a esa trinchera bibliográfica.

El CEDECH –ahora vigorizado por la alianza con Tercera Línea, grupo de orientación corporativista– pareciera constituir la única expresión de nacionalismo⁵². Se alude a aquel de raíz criolla y de proyección iberoamericana. Hoy como ayer continúa esquivando los frecuentes disparos de diestra y siniestra. Representa una proa tricolor con quilla hundida en la tradición doctrinaria de 1910. Su anticonformismo lo empuja a no coincidir con montescos ni capuletos y al mismo tiempo –¡oh, paradoja!– apoya obras y enfoques de unos y otros siempre que beneficien al país⁵³. En lo general, se apropia del lema «*¡Ni derecha ni izquierda! ¡Arriba y adelante!*».



52. Referencia al PSP y al CEDECH se ubica en Ferrero, Roberto A.: «Enajenación y nacionalización del socialismo latinoamericano» *Il parte, cap. V.*

53. Interesante el dicho bonaerense: «*Si los bolches te acusan de facho y los fachos de zurdo. Quédate tranquilo: eres nacional*».

INDIOS O NACIONALES

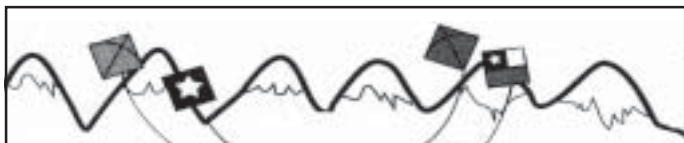


En el contexto iberoamericano –de Patagonia a México– la población amerindia no supera el 5%. Es cierto, hay repúblicas que, singularmente consideradas, pueden disponer de porcentajes significativos, pero –por otro lado– el proceso de urbanización disminuye el número de aborígenes. Al radicarse en las metrópolis contraen matrimonio con criollas y, en el caso de Chile, tales individuos dispondrán de progenie «*champurria*», es decir, mestiza. Lo mismo ocurre en Perú y Ecuador donde la dinámica de Lima, Quito y Guayaquil convierte al aborigen en ciudadano y, por ende, respectivamente, se peruaniza y ecuatorianiza.

Lo que aumenta ahora no son los indígenas, sino los indigenistas. En función de los ecos de la leyenda negra denigratoria de los hispánicos resurgen posturas favorables, por ejemplo, al pueblo mapuche. En Bolivia –un mestizo convertido en Presidente– se proclama aymará. El mandatario de Ecuador –hiperblancoide– se erige en indigenista. Las ONGs con sede en Escandinavia, el Reino Unido y EEUU apoyan este indigenismo que, en su postura ultra, no sólo exige respeto y suelo, sino autonomía y hasta soberanía. Con ello truncan el desarrollo y amenazan con atomizar aún más Iberoamérica.

Estos comentarios se refieren a manifestaciones de protesta contra el Día de la Hispanidad que conmovieron a varias capitales. Se ignora que son las repúblicas y no la Corona la que usurpa los territorios indígenas. Chile es un caso cercano. La denominada «*Pacificación de la Araucanía*» es obra del Presidente Domingo Santa María. Por otro lado, en los tumultos son mayoría los «*champurrias*» capitaneados por blondos muchachos y muchachas ABC1. La moda impide comprender que lo incaico, lo tiahuanocota, lo azteca y lo muisca así como lo araucano hoy son piezas de museo.

Lo viviente que abarca el 90% de la población –aproximadamente 500 millones– es lo mestizo. Como expresara Bolívar «*no somos europeos ni indios, sino un pequeño género humano mixto. Somos suramericanos*». En esa estirpe nueva fundada –a partir de 1492– están las raíces de la identidad que desconocen -o desprecian- indigenistas y eurocéntricos. Esa es la identidad reivindicada por CEDECH y 3ª Línea en la Plaza de Armas este 12 de octubre⁵⁴ y es la que motiva a movilizarnos para evitar que los impostores ganen la calle.



54. ver <http://youtu.be/e8jw0MRe9V0>.

MOSAICO Y CRISOL



Se alude al actual Presidente de EEUU como «*afroamericano*». Así también son poderosos los italoamericanos, los grecoamericanos y hay barrios enteros con asiáticos, por ejemplo, China Town. Nadie –en cambio ni por casualidad– se refiere al emblemático futbolista como «*afrobrasileño*» y menos como «*afrolusitano*». Una explicación: el mundo norteamericano, específicamente, Angloamérica es un mosaico. Allí diversas etnias conviven «*juntas, pero no revueltas*».

Iberoamérica, por el contrario, es un crisol. Desde el origen, en 1492, la mixtura es lo usual y, por ende, predomina «*el café con leche*». No más del 5% practica la endogamia defendiendo su condición euroblanca. Es el «*patriciado*» colonial que hace la Independencia y desde entonces retiene el poder. A título excepcional se mixtura con euroinmigrantes. Así acentúa la distancia racial respecto a la «*plebe*».

El otro 5% ajeno a la mezcla, no por prejuicio, sino por condición periférica, es lo que resta de lo amerindio. No obstante, el éxodo rural disminuye esa cifra, pues por centenares y miles son los que se urbanizan. El 90% son el «*pueblo nuevo*», fruto de aquel mestizaje. Esto explicaría que se estime

coexistentes, en Obama, Africa y Angloamérica. En Pelé, Africa y Portugal se evaporan. La fusión origina un producto nuevo: Brasil.



**¡Iberoamericanos, seamos nosotros mismos.
No imitemos!
Saquémonos de la cabeza y del alma eso de creernos
europeos o aborígenes. Nuestra identidad es mestiza.
Somos "hijos de la mezcla".**

PANAMA



Panamá nace como Estado en 1903. Hay festejos de centenario. Lo curioso es que no se está —es este caso— ante un capítulo de la gesta de 1810 que culmina en las Antillas en 1898 con la emancipación de Cuba, sino frente a un brote separatista triunfante amparado por EEUU. El presidente Teodoro Rossevelt necesitaba el Itsmo para abrir el canal interoceánico. hasta ese mmento, todo el tráfico naviero es por el Estrecho de Magallanes. Bogotá ofrece resistencia. Entonces se urde la maniobra: un puñado de pobladores de esa provincia colombiana reclaman derecho a la autodeterminación y los protege la escuadra estadounidense.

En Iberoamérica hay protestas de intelectuales y manifestaciones estudiantiles tempranamente antiimperialistas. Ha nacido otra república con su parafernalia: himno, bandera, escudo, moneda, administración pública, servicio diplomático, fronteras y una estructura escolar que «panameñiza» decolombianizando... En algo hay menos ampulosidad: en vez de FFAA, se crea una Guardia Nacional. Como normal se alude a «la nación panameña». Es un dogma que ese Estado, brotado por designio de Washington, es nación. Los 100 años, no obstante, comprometen a valorizar el rescate del Canal y brindar homenaje a Omar Torrijos.

APUNTES SOBRE HISTORIOGRAFIA REVISIONISTA



Se escribe y enseña nuestra historia arrancando de la Independencia. Atrás quedan los tres siglos de la mal denominada «Colonia», descrita como opresiva y oscura. La época indígena se lapida como «Prehistoria» Aunque se aprende que tan dilatado lapso «*comienza con la aparición del hombre y finaliza con la invención de la escritura*» y hay testimonios de grafía azteca, maya, chibcha y hasta pascuense ¿Algún docente cuestionará eso de «Prehistoria»? Adelanto la respuesta: ninguno. Ello porque están nutridos no sólo de los dogmas fragmentadores, sino también de la creencia que la historia comienza al vincularse el Nuevo con el Viejo Mundo. No obstante –y he aquí otra manifestación de la desubicación masiva– se ignora la protohistoria peninsular. La explicación está en que las oligarquías anhelan *no ser lo que son*; es decir, se proclaman europeas y repudian tanto el ayer indígena como los ancestros ibéricos. Legitiman la ruptura con Madrid identificándose con Montezuma, Atahualpa o Lautaro. Finalizan –se sabe– en el calco de lo fracobritánico y ahora estadounidense. Eurocentrismo, indolatria y patrioterismo constituyen la hipotenusa y los catetos del triángulo de esta especie de Bermudas donde son

infinitos los naufragios. Pocos rescatan la admonición de Bolívar: «*No somos indios ni europeos. Pertenecemos a un pequeño género humano mixto, somos suramericanos*». Los mequetrefes que en el aula enseñan o en la prensa publican ignoran que «mixto» es sinónimo de «mestizo». Con otras palabras, Martí, Sandino, Gabriela Mistral, Darcy Ribeiro y Ramos exaltan el mestizaje y manifiestan que nuestra América es una nacionalidad desmembrada y las repúblicas partículas desprendidas de un todo que fundan Carlos V y Felipe II.

Cada tratado como, por ejemplo, los 20 tomos de la «Historia de Chile» de Francisco Antonio Encina, y cualquier modesto texto escolar reafirma el error, según el cual, las veintitantas patrias son «naciones» y la vecina está poblada de enemigos de ayer, de hoy, de mañana y de siempre. Fronterizos o no son siempre visualizados como «extranjeros» y con defectos y carencias que los tornan indeseables. Juan José Arévalo, para referirse al Continente, que más bien parece un archipiélago, expresa que nuestras repúblicas «*semejan témpanos que flotan en un océano de frialdad sin conexión submarina y privados de común horizonte*». Los enfoques insularistas son asumidos como propios por las capas medias y la masa popular aplastadas por la cultura oficial inyectada a través de la prensa, la TV y la Universidad y sostenida como patrimonio por las FFAA de cada país. Estas consagran los

particularismos que disuelven la unidad de la patria común que fuese un sólo cuerpo socio político durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Cada habitante es inducido por la plática familiar, el texto escolar, la instrucción castrense, el comentario de prensa... a sentirse «distinto» y «distante» –y a veces «superior»– a los oriundos de otros segmentos del contexto hispanoamericano.

Toda «Historia de América» –comenzando con la de D. Barros Arana, continuando con la de Antonio Ballesteros y Beretta, Ricardo Levene y Luis Alberto Sánchez– son sólo compaginaciones de las historias locales. No logran encontrar el tejido común de las raíces y trayectoria de nuestro «*pequeño género humano mixto*». Son «*más de lo mismo*». No aportan a superar nuestra crisis de identidad. El solo título es una invitación al equívoco porque América es sólo territorio que cubre de Tierra del Fuego a Alaska e introduce en la misma talega a hispanoamericanos con yanquis y canadienses. Constituye una excepción el texto «Historia de la nación latinoamericana» de Jorge Abelardo Ramos que invita a visualizar la fundación del Nuevo Mundo –de 1492 a la actualidad– superando la porfiada insularidad de las repúblicas y detectando los múltiples vínculos que las ligan, no sin denunciar el complot de las grandes potencias y la miopía de las elites nativas generadoras de su atomización. Lo centrífugo se complementa con el *quiebre de*

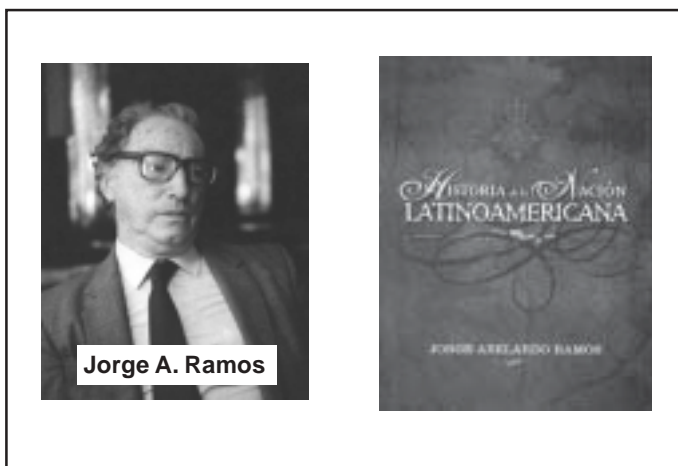
motivación de pertenencia y con el efecto de *deslumbramiento*. Nuestras patrias viven –o sobreviven– dándose la espalda mientras contemplan embobadas a Europa y EEUU, e impera la *autodenigración*. Los imperios y esas minorías logran que se ignoren, se distancien y hasta se odien.

En esta historiografía insular, por ejemplo, Bernardo O’Higgins luego del golpe de Estado «blando» que le propinan en 1822 desaparece. Veinte años en que se omite su actuación en Perú y Bolivia donde interviene –al igual que Ramón Freire– activamente en la vida cívica. Asesora a la Confederación Perú-Bolivia. Eso se oculta. Como también se presentan como traidores a los oficiales insurrectos que, en 1837, en Quillota se pronuncian por «*la paz y contra el despotismo*», negándose a marchar contra el ensayo integrador de Andrés Santa Cruz. Se encubren las maquinaciones del capitalismo británico que desencadena la Guerra del Pacífico. No ponderan que el venezolano Sucre es el primer Presidente del Alto Perú y con su nombre se rebautiza Chuquisaca. Sería «*pedir peras al olmo*» que capten el por qué profundo un militar español –Gabino Gainza– que representa la resistencia fernandina en la chilénísima Patria Vieja después es mandatario de las Provincias Unidas de Centroamérica. La historiografía uruguaya evita poner de relieve a Artigas como un federalista argentino oriental. Por ende su pedestal no es

unicamente uruguayo. Poco y nada se alude a la anexión de Tejas por EEUU y menos a la guerra yanqui contra México que le usurpa la mitad de su suelo. Menos hay un comentario sobre la Guerra de la Triple Infamia que implica el genocidio del Paraguay Jamás una referencia a la raíz económica de la Guerra del Pacífico donde gravitan intereses financieros de Londres... Datos significativos de este tipo son infinitos y estimulan a profundizar el texto pionero de Jorge Abelardo Ramos.

En lo que respecta a la relación chileno-argentina, nuestra historiografía, siendo imposible se marchiten los laureles de Chacabuco y Maipú, opta por generar un O'Higgins del mismo tamaño que San Martín y se infla a Tomás Cochrane. Este mercenario escocés se convierte en santón de la Armada y la anglofilia de esa rama de las FFAA lo mantiene sobre un altar. En las biografías argentinas de Dorrego que reviso la referencia a Chile son mínimas. Sin embargo, es aquí entre 1810 y 1811 donde se inicia su preparación política y se despierta la vocación militar. *Contrario sensu*, en tratados y manuales que circulan en Chile apenas si se menciona al destacado héroe. Hay entonces responsabilidad de una y otra historiografía. A los historiadores argentinos la labor cívica y castrense del personaje en Chile no pasa de constituir aventura periférica y para los historiadores chilenos es mortificante que sea protagonista de tan trascendentes hechos patrios un «extranjero» como

ese muchacho porteño que viniera, como tantos otros rioplatenses, a estudiar en la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile. Esa urdimbre común es devaluada u omitida por las historiografías lugareñas. De los gabinetes de los historiógrafos oligarcas o cipayos el virus de la balcanización salta a los manuales escolares de Historia Patria y de allí al imaginario colectivo y a los medios. Por eso se valora la obra magna de Ramos hoy valorizada en la Venezuela de Chávez y se juzga valioso fundar –como órgano de Estado y no apéndice de gobierno– el Instituto «Manuel Dorrego» de Revisionismo Histórico⁵⁵.



55. Respecto a Malvinas y las relaciones Santiago Buenos Aires véase <http://www.youtube.com/watch?v=nfuzRLH8Guk&feature=share>

